

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 8 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *¿Qué es el hispanoamericanismo?*, por Luis Araquistain.—*El cobro compulsivo de las deudas públicas*, por Luis M. Drago.—*Buen cobrador, mal pagador*, por B. Sanín Cano.—*Universalismo español*, por Franz Tamayo.—“El mito de la raza”, por Ramiro de Maeztu.—*Alberto Guillén*, por A. H. Pallás.—*Un libro interesante*, por Blanca Milanés.—*Del libro La Imitación de Nuestro Señor Yo*, por Alberto Guillén.—*Una hora con Manuel Rojas*, por Raúl Silva Castro.—*Bandidos en los caminos*, por Manuel Rojas.—*Página lírica* de J. J. Salas Pérez.—*Pesadilla azteca*, por José Vasconcelos.—*Mi Don Francisco Giner (7)*, por J. Pijoán.

CONTESTEMOS, primeramente por la vía negativa, diciendo lo que no es. El hispanoamericanismo no es el iberoamericanismo, por dos razones.

Una, porque el iberoamericanismo es un concepto antropológico, que alude a la raza ibérica, mezclada con la raza americana, pero no hay una raza ibérica ni una raza americana, sino muchas razas de España y América que, en su aleación, no han producido aún un tipo étnico uniforme.

Otra, porque en ocasiones, el iberoamericanismo ha sido sinónimo de unión iberoamericana, un concepto político que sólo defienden, mejor dicho, farfullan mecánicamente, los viejos románticos, incurablemente estúpidos, del iberoamericanismo estilo centuria XIX. Querer unir en un haz político a España con sus antiguas colonias es tan necio como esforzarse en recomponer un vaso de cristal hecho añicos pegando los trozos con saliva.

El hispanoamericanismo tampoco es el latinoamericanismo, porque ni el Lacio ni la latinidad existen ya como conceptos específicos de civilización ni de cultura, sino un grupo de pueblos desgajados del muerto tronco romano, sin más afinidad ni parentesco que el origen común, en parte, de las lenguas. Los únicos que gustan de ese concepto de raza latina son los franceses, porque a favor de él introducen mejor en América sus amables productos, desde la literatura hasta los perfumes y desde el amor hasta los zumos de sus vides, junto al crédito de sus armas y el prestigio de su famosa Revolución, hoy tal vez relegada ya a un segundo término histórico por la magnitud, que irá creciendo de año en año, de la Gran Revolución Rusa.

El hispanoamericanismo es una cultura que empieza manifestándose por una lengua propia y que, a la vez, tiene un idioma propio como instrumento expresivo de su personalidad. Las ideas son universales; las formas de expresarlas son raciales, en-

¿Qué es el hispanoamericanismo?



tendiendo una raza como concepto de cultura, no de antropología. Hay una cultura hispánica—una ciencia, una filosofía, un arte hispánicos—que ningún otro pueblo hubiera podido producir, por la concurrencia de su temperamento específico en función de una historia también específica. Esa cultura, como herencia y como continuidad, es la base ideal del hispanoamericanismo. Es la raíz de la personalidad hispánica, que se distingue de otras personalidades culturales—la germánica, la eslava, la anglosajona, la francesa, etc.—por sus formas plásticas y filosóficas. Con ser objetivamente tan universales, un Cervantes, un Quevedo, un Lope, un Calderón, un Velázquez, un Bartolomé de las Casas, un Francisco de Vitoria, un Luis Vives, un Mariana, un Feijoo, un Larra, un Ganivet, un Costa, un Unamuno, un Rubén Darío, no podían ser, subjetivamente, racialmente, más que españoles o hispanoamericanos, o para decirlo con una palabra más justa, hispánicos.

Pero el hispanoamericanismo no debe ser sólo una cultura, sino también una civilización, es decir, una organización autónoma de todos los elementos materiales de la vida. Y sobre todo, debe ser una economía independiente. Algunos yanquizantes, o, como dicen en Puerto Rico, algunos pitiyanquis españoles, que también allí los hay, pretenden que los hispanoamericanos aprendan de los Estados Unidos el arte del ahorro, sin advertir que los norteamericanos son más organizadores que ahorradores. Probablemente, en proporción, en los pueblos hispanoamericano hay más ahorro que en los

Estados Unidos. Lo que hay es menos organización económica. La economía hispánica es más tímida, menos flexible, menos intrépida que la norteamericana. Cuando todo el dinero acumulado, sobrante, de los pueblos hispánicos se organice continentalmente en un gran Banco o en una serie de empresas de crédito e iniciativa, para explotar sus inmensas riquezas naturales y ayudar a la mala administración de sus gobiernos, sin necesidad de acudir a la Wall Street ni exponerse a que

los empréstitos de Nueva York sean defendidos por los diplomáticos y los acorazados que moviliza Washington, la independencia política y social del hispanoamericanismo será un hecho definitivo. Entre tanto, no.

Paralelamente debe organizarse también la inteligencia, los escritores, los artistas, los técnicos, los investigadores de Hispania-América, hasta que un libro, un invento, un descubrimiento de Managua o San José de Costa Rica tengan la misma definición que si hubieran sido hechos y publicados en Madrid o Buenos Aires. La cultura de una raza tiene un aspecto político o de irradiación por la propaganda que los españoles y los hispanoamericanos han descuidado lamentablemente hasta ahora. En vez de asociarse y de cooperar han preferido siempre vivir desunidos y denigrarse mutuamente.

El hispanoamericanismo representa, en fin, una ética de raza como concepto cultural, una serie de deberes hacia la personalidad hispánica, tanto en cuestiones materiales como ideales, y mientras no se forme una minoría, por lo menos, que se apasione por esa idea, el destino de la hispanidad estará a merced de las sugestiones hedonísticas del dólar. El hispanoamericanismo, en suma, es la norma que nos impone un venerable pasado, pero, sobre todo, la norma que nos exige un imperioso futuro. Y la única alternativa es morir como cultura autónoma, como personalidad racial histórica.

LUIS ARAQUISTAIN

(La Democracia,
San Juan de Puerto Rico).

El cobro compulsivo de las deudas públicas y la tesis de Drago

(Nota pasada por el doctor LUIS M. DRAGO, ex-Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, al señor MARTÍN GARCÍA MÉROU, Ministro Argentino en Washington)

Buenos Aires, diciembre 29 de 1902.

Señor ministro:

He recibido el telegrama de Vuestra Excelencia, fecha 20 del corriente, relativo a los sucesos últimamente ocurridos entre el gobierno de la República de Venezuela y los de la Gran Bretaña y la Alemania. Según los informes de Vuestra Excelencia, el origen del conflicto debe atribuirse en parte a perjuicios sufridos por súbditos de las naciones reclamantes durante las revoluciones y guerras que recientemente han tenido lugar en el territorio de aquella República y en parte también a que ciertos servicios de la deuda externa del Estado no han sido satisfechos en la oportunidad debida.

Prescindiendo del primer género de reclamaciones, para cuya adecuada apreciación habría que atender siempre las leyes de los respectivos países, este gobierno ha estimado de oportunidad transmitir a Vuestra Excelencia, algunas consideraciones relativas al cobro compulsivo de la deuda pública, tales como las han sugerido los hechos ocurridos.

Desde luego se advierte, a este respecto, que el capitalista que suministra su dinero a un Estado extranjero, tiene siempre en cuenta cuáles son los recursos del país en que va a actuar y la mayor o menor probabilidad de que los compromisos contraídos se cumplan sin tropiezo.

Todos los gobiernos gozan por ello de diferente crédito, según su grado de civilización y cultura y su conducta en los negocios, y estas circunstancias se miden y se pesan antes de contraer ningún empréstito, haciendo más o menos onerosas sus condiciones, con arreglo a los datos precisos que en ese sentido tienen perfectamente registrados los banqueros.

Luego, el acreedor sabe que contrata con una entidad soberana y es condición inherente de toda soberanía que no puedan iniciarse ni cumplirse procedimientos ejecutivos contra ella, ya que ese modo de cobro comprometería su existencia misma, haciendo desaparecer la independencia y la acción del respectivo gobierno.

Entre los principios fundamentales del derecho público internacional que la humanidad ha consagrado, es uno de los más preciosos el que determina que todos los Estados, cualquiera que sea la fuerza de que dispongan, son entidades de derecho, perfectamente iguales entre sí y recíprocamente acreedoras por ello a las mismas consideraciones y respeto.

El reconocimiento de la deuda, la liquidación de su importe, puede y debe ser hecha por la nación, sin menoscabo de sus derechos primordiales como entidad soberana, pero el cobro compulsivo e inmediato, en un momento dado, por medio de la fuer-

za, no traería otra cosa que la ruina de las naciones más débiles y la absorción de su gobierno con todas sus facultades que le son inherentes por los fuertes de la tierra. Otros son los principios proclamados en este continente de América. «Los contratos entre una nación y los individuos particulares son obligatorios según la conciencia del soberano, y no pueden ser objeto de fuerza compulsiva», decía el ilustre Hamilton. «No confieren derecho alguno de acción fuera de la voluntad soberana».

Los Estados Unidos han ido muy lejos en ese sentido. La enmienda undécima de su Constitución estableció, en efecto, con el asentimiento unánime del pueblo, que el poder judicial de la nación no se extiende a ningún pleito de ley o de equidad seguido contra uno de los Estados Unidos por ciudadanos de otro Estado, o por ciudadanos o súbditos de un Estado extranjero. La República Argentina ha hecho demandables a sus provincias y aun ha consagrado el principio de que la nación misma puede ser llevada a juicio ante la Suprema Corte por los contratos que celebra con los particulares.

Lo que no ha establecido, lo que no podría de ninguna manera admitir, es que, una vez determinado por sentencia el monto de lo que pudiera adeudar, se le prive de la facultad de elegir el modo y la oportunidad del pago, en el que tiene tanto o más interés que el acreedor mismo, porque en ello están comprometidos el crédito y el honor colectivos.

No es ésta de ninguna manera la defensa de la mala fe, del desorden y de la insolencia deliberada y voluntaria. Es simplemente amparar el decoro de la entidad pública internacional que no puede ser arrastrada así a la guerra, con perjuicio de los altos fines que determinan la existencia y la libertad de las naciones.

El reconocimiento de la deuda pública, la obligación definida de pagarla no es, por otra parte, una declaración sin valor, porque el cobro no puede llevarse a la práctica por el camino de la violencia.

El Estado persiste en su capacidad de tal y más tarde o más temprano las situaciones oscuras se resuelven, crecen los recursos, las aspiraciones comunes de equidad y de justicia prevalecen y se satisfacen los más retardados compromisos.

El fallo, entonces, que declara la obligación de pagar la deuda, ya sea dictado por los tribunales del país o por los de arbitraje internacional, los cuales expresan el anhelo permanente de la justicia como fundamento de las relaciones políticas de los pueblos, constituye un título indiscutible que no puede compararse al derecho incierto de aquél cuyos créditos no son reconocidos y se ve impulsado a apelar a la acción para que ellos le sean satisfechos.

Siendo estos sentimientos de justicia, de lealtad y de honor, los que animan al pueblo argentino, y han inspirado en todo tiempo su política, Vuestra Excelencia comprenderá que se haya sentido alarmado al saber que la falta de pago de los servicios de la deuda pública de Venezuela se indica como una de las causas determinantes del apresamiento de su flota, del bombardeo de uno de sus puertos y del bloqueo de guerra rigurosamente establecido para sus costas. Si estos procedimientos fueran definitivamente adoptados, establecerían un precedente peligroso para la seguridad y la paz de las naciones de esta parte de América.

El cobro militar de los empréstitos supone la ocupación territorial para hacerlo efectivo, y la ocupación territorial significa la supresión o subordinación de los gobiernos locales en los países a que se extiende.

Tal situación aparece contrariando visiblemente los principios muchas veces proclamados por las naciones de América y muy particularmente la doctrina de Monroe, con tanto celo sostenida y definida en todo tiempo por los Estados Unidos, doctrina a que la República Argentina se ha adherido antes de ahora.

Dentro de los principios que enuncia el memorable mensaje de 2 de Diciembre de 1823, se contienen dos grandes declaraciones que particularmente se refieren a estas Repúblicas, a saber: «Los continentes americanos no podrán en adelante servir de campo para la colonización futura de las naciones europeas, y reconocida como lo ha sido la independencia de los gobiernos de América, no podrá mirarse la interposición de parte de ningún poder europeo, con el propósito de oprimirlos o controlarlos de cualquier manera, sino como la manifestación de sentimientos poco amigables para los Estados Unidos».

La abstención de nuevos dominios coloniales en los territorios de este continente, ha sido muchas veces aceptada por los hombres públicos de Inglaterra. A su simpatía puede decirse que se debió el gran éxito que la doctrina de Monroe alcanzó apenas promulgada. Pero en los últimos tiempos se ha observado una tendencia marcada en los publicistas y en las manifestaciones diversas de la opinión europea, que señalan estos países como campo adecuado para las futuras expansiones territoriales. Pensadores de la más alta jerarquía han indicado la conveniencia de orientar en esta dirección los grandes esfuerzos que las principales potencias de Europa han aplicado a la conquista de regiones estériles, con un clima inclemente, en las más apartadas latitudes del mundo. Son muchos ya los escritores europeos que designan los territorios de Sud América con sus grandes riquezas, con su cielo feliz y su clima propicio para todas las producciones, como el teatro obligado donde las grandes potencias, que tienen ya preparadas las armas y los instrumentos de la conquista, han de disputarse el predominio en el curso de este siglo.

La tendencia humana expansiva, caldeada sí por las sugerencias de la opinión y de la prensa, puede, en cualquier momento, tomar una dirección agresiva, aun contra la voluntad de las actuales clases gobernantes. Y no se negará que el camino más sencillo para las apropiaciones y la fácil suplantación de las autoridades locales por los gobiernos europeos, es precisamente el de las intervenciones financieras, como con muchos ejemplos podría demostrarse. No pretendemos de ninguna manera que las naciones sudamericanas queden, por ningún concepto, exentas de las responsabilidades de todo orden que las violaciones del derecho internacional comportan para los pueblos civilizados. No pretendemos ni podemos pretender que estos países ocupen una situación excepcional en sus relaciones con las potencias europeas, que tienen el derecho indudable de proteger a sus súbditos tan ampliamente como en cualquier otra parte del globo, contra las persecuciones o las injusticias de que pudieran ser víctimas. Lo único que la República Argentina sostiene y lo que vería con gran satisfacción consagrado con motivo de los sucesos de Venezuela, por una nación que, como los Estados Unidos, goza de tan grande autoridad y poderío, es el principio ya aceptado de que no puede haber expansión territorial en América, ni opresión de los pueblos de este continente, porque una desgraciada situación financiera pudiese llevar a alguno de ellos a diferir el cumplimiento de sus compromisos. En una palabra, el principio que quisiera ver reconocido, es el de que la deuda pública no puede dar lugar a la intervención armada, ni menos a la ocupación material del suelo de las naciones americanas por una potencia europea.

El desprestigio y el descrédito de los Estados que dejan de satisfacer los derechos de sus legítimos acreedores, trae consigo dificultades de tal magnitud que no hay necesidad de que la intervención extranjera agrave con la opresión las calamidades transitorias de la insolvencia.

La República Argentina podría citar su propio ejemplo, para demostrar lo innecesario de las intervenciones armadas en estos casos.

El servicio de la deuda inglesa de 1824 fué reasumido espontáneamente por ella, después de una interrupción de treinta años, ocasionada por la anarquía y las

convulsiones que conmovieron profundamente el país en ese período de tiempo, y se pagaron escrupulosamente todos los atrasos y todos los intereses, sin que los acreedores hicieran gestión alguna para ello.

Más tarde una serie de acontecimientos y contrastes financieros, completamente fuera del control de sus hombres gobernantes, la pusieron, por un momento, en situación de suspender de nuevo temporalmente el servicio de la deuda externa. Tuvo, empero, el propósito firme y decidido de reasumir los pagos inmediatamente que las circunstancias se lo permitieran y así lo hizo, en efecto, algún tiempo después, a costa de grandes sacrificios, pero por su propia y espontánea voluntad y sin la intervención ni las conminaciones de ninguna potencia extranjera. Y ha sido por sus procedimientos perfectamente escrupulosos, regulares y honestos, por su alto sentimiento de equidad y de justicia plenamente evidenciado, que las dificultades sufridas en vez de disminuir han acrecentado su crédito en los mercados europeos. Puede afirmarse con entera certidumbre que tan halagador resultado no se habría obtenido si los acreedores hubieran creído conveniente intervenir de un modo violento en el período de crisis de las finanzas, que así se han repuesto por su sola virtud.

No tememos ni podemos temer que se repitan circunstancias semejantes.

En el momento presente no nos mueve, pues, ningún sentimiento egoísta ni buscamos el propio provecho al manifestar nuestro deseo de que la deuda pública de los Estados no sirva de motivo para una agresión militar en estos países.

No abrigamos, tampoco, respecto de las naciones europeas ningún sentimiento de hostilidad. Antes por el contrario, mantenemos con todas ellas las más cordiales relaciones desde nuestra emancipación, muy particularmente con Inglaterra a la cual hemos dado recientemente la mayor prueba de la confianza que nos inspiran su justicia y su ecuanimidad, entregando a su fallo la más importante de nuestras cuestiones in-

ternacionales, que ella acaba de resolver fijando nuestros límites con Chile después de una controversia de más de sesenta años.

Sabemos que donde la Inglaterra va, la acompaña la civilización y se extienden los beneficios de la libertad política y civil. Por eso la estimamos, lo que no quiere decir que nos adhiriéramos con igual simpatía a su política en el caso improbable de que ella tendiera a oprimir las nacionalidades de este continente, que luchan por su progreso, que ya han vencido las dificultades mayores y triunfarán en definitiva para honor de las instituciones democráticas.

Largo es, quizá, el camino que todavía deberán recorrer las naciones sudamericanas. Pero tienen fe bastante y la suficiente energía para llegar a su desenvolvimiento pleno, apoyándose las unas en las otras.

Y es por ese sentimiento de confraternidad continental y por la fuerza que siempre deriva del apoyo moral de todo un pueblo, que me dirijo al señor Ministro, cumpliendo instrucciones del excelentísimo señor Presidente de la República, para que transmita al Gobierno de los Estados Unidos nuestra manera de considerar los sucesos en cuyo desenvolvimiento ulterior va a tomar una parte tan importante, a fin de que se sirva tenerla como la expresión sincera de los sentimientos de una nación que tiene fe en su destino y la tiene en los de todo este continente, a cuya cabeza marchan los Estados Unidos, actualizando ideales y suministrando ejemplos.

Quiera el señor Ministro aceptar las seguridades de mi consideración distinguida.

LUIS M. DRAGO

(Envío del Dr. Viriato Figueredo-Lora).

Noticia.—Con el envío del Dr. una carta interesante, de la que trasladamos este fragmento: "...como la cuestión que se está debatiendo actualmente, acerca del *Belén Quesada*, le da—a mi juicio—palpitante actualidad a esa nota del Dr. Drago por el altísimo espíritu de justicia y de equidad internacional que ella entraña, me permito remitirle a Ud. una copia de dicha nota, por si tiene a bien—salvo que ya lo haya hecho—publicarla en el muy justamente reputado *Repertorio*".

PINTURA DECORATIVA

Rótulos y Anuncios Artísticos
COMERCIALES

Lidio Bonilla P.

Pintura Escenográfica

Dibujos en todo estilo — Para grabados

125 vs. al Sur de «El Aguila de Oro»

Quien habla de la
presa en su género,
Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a un em-
singular en Costa
experiencia la colo-
ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Buen cobrador, mal pagador

Uno de los fundamentos en que basan los Estados Unidos saxo-americanos la necesidad de mantener en vigencia los principios o intimaciones o amenazas de la insaciable doctrina Monroe es el hecho, históricamente innegable, de que algunos de los países americanos situados al sur del Río Grande del Norte, suelen adquirir en Europa compromisos pecuniarios en la forma de empréstitos, cuyo servicio de intereses y amortización quedan a veces sin cubrir durante muchos años, con grave detrimento de los prestamistas. Las naciones europeas obligadas, según se creen, a proteger los intereses de sus ciudadanos o súbditos invocan el derecho de ejercer presión por medio de sus marinas de guerra sobre los deudores morosos para obligarlos a satisfacer los compromisos, legítimamente contraídos. Si se permite el uso de la fuerza por parte de los poderes europeos, en estas repúblicas del sur, dicen los estadistas de Washington, puede ocurrir ocupación de territorio con carácter temporal o permanente, no sin ejercer en él actos de soberanía, que la república norteamericana juzga lesivos de su tranquilidad y de la paz del Continente. Para evitar esta indeseable contingencia los saxo-americanos han asumido el honorable cargo de policía continental, con el derecho de ocupar ellos el territorio de la nación morosa a fin de coleccionar fondos para pagar la deuda y resarcir de perjuicios a los acreedores. Veamos hasta dónde pueden invocar los Estados Unidos sajones un derecho moral, ya que del punto de vista del derecho de gentes tal presión es absolutamente insostenible.

Entre las muchas virtudes del súbdito británico, debido a las cuales su grande y disyunto Imperio se ha ganado la admiración del mundo, está la alacritud con que allí acuden las personas así naturales como jurídicas a suscribir fondos para la fundación de sociedades benéficas. Casas para inválidos, asilos de indigentes, hospitales para sordos que no quieren o no pueden oír, hogares para perros sin dueño, sanatorios para toda clase de animales, cementerios para gatos, clubs para infantes son instituciones con las cuales tropieza a cada momento el curioso viandante por el piélagos insondable de calles en la vasta y destartada metrópoli de ese mundo informe. Existe la sociedad protectora de animales y entiendo que se ha pensado en crear una para proteger a los miembros del parlamento contra la intemperancia de algunos oradores. Entre estas numerosas y activas sociedades hay una de fama intensa y agresiva, cuyo título un poco largo explica sin vaguedades el fin para que ha sido creada. Se llama la *Corporación de los Tenedores de Bonos Extranjeros*. Todos aquellos infelices a quienes el incauto deseo de poner sus ahorros a una subida tasa de interés ha impulsado a comprar bonos de deudas extranjeras pertenecen a esta sociedad. La cual por medio de su con-

sejo o junta administrativa publica anualmente la historia sucinta de las diversas deudas en que han incurrido los países extranjeros para con la alegre y pacífica turba de rentistas ingleses o de otro color patriótico. Es de advertir, en homenaje a la precisión, que gran parte de estos acreedores son israelitas de Amberes o de Frankfurt del Mein, o griegos acaudalados que residen en las varias capitales de Europa, o armenios emigrados que habitan sin nacionalizarse las plácidas y onduladas llanuras de Kent o del Devonshire.

En los informes anuales del Consejo de la Corporación de Tenedores de Bonos Extranjeros, puede el aficionado a recoger notas humorísticas hallar datos del más regocijado interés. En todos estos informes aparece con regularidad una curiosa noticia de valor humano imponderable, en la sección relativa a los Estados Unidos de "América", según dice el informe, como si en el hallazgo de Colón no hubiese más Estados Unidos que los de Washington. Al tenor de esa importante noticia, los Estados de Virginia Occidental, Alabama, Arkansas (pronúnciese Arcansó), Florida, Georgia, Louisiana, Mississippi, Carolina del Norte y del Sur, contrajeron deudas en el siglo pasado, entre los años de 1831 a 1874, por sumas que alcanzaban entonces a más de sesenta millones. Virginia Occidental entró en arreglos con sus acreedores en 1915 y ha satisfecho sus compromisos. Los demás Estados que, o han repudiado sus deudas, o sin repudiarla se niegan a cubrirla están protegidos por la constitución de la República, según la cual un Estado no puede ser demandado ante los tribunales sino por otro Estado, a menos que el infractor consienta en aparecer en juicio. En el caso de Virginia Occidental el Estado mismo actuó como demandante

y de esa feliz circunstancia vino a depender que la Suprema Corte diera sentencia en contra del deudor moroso. El único modo de recobrar las sumas prestadas en buena fe sería hallar un Estado de los cuarenta y ocho incorporados en la Unión que quisiese prestarse a hacer de demandante, pero ellos, que con tanta acuciosidad hacen el papel de policía cuando se trata de forzar a una república latino-americana, a pagar deudas de origen ignominioso, se abstienen saxoamericanamente de usar argumentos morales o de otro género para convencer a sus connacionales de que cumplir la palabra empeñada no es, necesariamente, una actitud inelegante.

El informe del Consejo de la Corporación de Tenedores de Bonos Extranjeros termina con estas suaves y meditadas palabras: "Sin comparación el más reprobable de estos deudores morosos es Mississippi, cuya deuda, data de antes de la guerra civil. Con excepción de Rusia no hay memoria de un caso semejante hasta donde alcanza el conocimiento del Consejo. La repudiación hecha por los rusos no ocurrió sino después de la situación caótica sobrevenida y que aún existe en ese país desventurado, lo cual no impide que sea mirada con indignación por los buenos hijos de Rusia, en tanto que la repudiación de la deuda, por parte de Mississippi, tuvo lugar en años de paz y parece merecer la aprobación general de los ciudadanos en la comunidad más próspera del mundo." (*Informe de 1920*).

Si el orden intelectual no está desquiciado, sería incumbente descubrir dónde reside la autoridad moral de quien se ha arrogado las funciones policivas del Continente para coleccionar deudas europeas en latinoamérica, mientras encubre y protege a sus nacionales empeñados en evadir compromisos de la misma especie.

B. SANÍN CANO

(*El Tiempo*, Bogotá).

Universalismo español

Entre otros, el punto más importante de un artículo del señor Ramiro de Maeztu, que se ha dignado replicarme, es el que señala el título del presente artículo. Aún cuando no fuera más que por la cortesía que le debo, yo deseo marcar algunos pensamientos míos sobre el caso. Dejo el asunto principal de americanismo propio para otro artículo de respuesta a la última carta del cubano señor Mañach quien me ha mandado reparos sutilísimos sobre la materia.

Viejo achaque humano de individuos como de naciones fué siempre la pretensión de ecumenismo en cualquier manera o forma. Que el señor de Maeztu descubra cierto universalismo español que después quiera identificar con algún problemático universalismo americano, parece que no debe sor-

prender a quien tenga alguna experiencia en estas especulaciones.

Es evidente que hay que aceptar cierto universalismo o pretensión de universalismo español, histórico, y por ello mismo quizás caduco, ya que todo envejece y pasa en este mundo sublunar que habitamos. Ya no urge señalar tal rasgo español, puesto que está consentido, pero tal vez es útil estudiarlo en sus maneras, compararlo y diferenciarlo, aunque sea someramente cual corresponde a un leve artículo de prensa.

La pretensión ecuménica del hombre reviste diversas formas según los tiempos y los países. Es objetiva, como entre los filósofos (hasta el gran Schopenhauer) que atribuyen a la filosofía una trascendencia universal por sobre toda capacidad humana. Igual cuando los espíritus religiosos

ponderan su religión, como en el ejemplo de la romana, católica por antonomasia. La pretensión se hace subjetiva cuando una raza, mejor, una estirpe, como la antigua romana, se cree heroína de un destino universal, y dirige sus pasos y su palabra *urbi et orbi*. (El verdadero origen de esta fórmula no es papal sino de la antigua Roma). Y sigue siendo objetiva en todos los casos semejantes y en todos los tiempos análogos, cuando un grupo étnico por razones que en muchos miles de años no alcanzará a desentrañar nuestra conciencia, asume sobre el globo una función hegemónica, más o menos, un predominio organizado y vasto en lo relativo. Si tuviésemos el pensamiento íntegro de todos los imperios desaparecidos, es probable que alcanzaríamos las fórmulas universalistas de todos los Ramseses y Asurbanipales del pasado, como alcanzamos las fórmulas de los modernos. Cuando leo al agudísimo señor de Maeztu, no se lo dice, pero parece que se trataría de afirmar que el universalismo español, evidente, es único o casi único sobre el planeta. Mas, como espíritu y como realidad, tal cosa no es exacta. El achaque en nuestro tiempo (en todos los tiempos), es frecuente. Es así como hemos visto la pretensión tudésca de la *Welt-Politik*, y la tentativa anglo-sajona del *English-Speaking-World*. Esas pretensiones ecuménicas valen tanto como las del imperio en que no se pone el Sol. La clásica diferenciación helénica entre todo lo que era griego y lo que era bárbaro no significa otra cosa que aquella pretensión de universalismo hegemónico en favor del espíritu helénico. El tiempo y las realidades se encargan de dar alguna consistencia relativa a todos esos sueños de grandeza, que no otra cosa significa tal achaque. Vale decir que hasta el yankee infantil, poderoso y primitivo ha inventado ya el *Biggest in the World* para sus cosas y sus afanes.

Ya se ve bien por lo dicho que la misma tendencia humana halla según los tiempos manifestaciones diversísimas matizándose infinitamente, pues ninguno de estos brotes de la presunción nacional y colectiva deja de tener caracteres propios y diferenciales. Así en Francia donde con buen acuerdo el señor de Maeztu señala cierto universalismo humanista o filantrópico más de cáscara que de fondo, ya que en éste late más bien un nacionalismo verdadero, creo yo que hay que descubrir el eterno achaque humano en otro campo, con otro matiz, y en verdad con mayor justificación. Al buen entendedor pocas palabras. Citaré para el señor de Maeztu un título del siglo XVIII francés: *De l'Universalité de la Langue Française*.—Rivarol.—Es en ese campo donde hay que reconocer justificadamente cierto universalismo francés que el escritor español estaría autorizado para negar en otro. No en el campo sentimental-volcánico del 93, o siquiera en el lírico-político de Víctor Hugo o de Briand, cuando hablaban de los Estados Unidos de Europa, etc. etc.

Tengo la viva esperanza de estar de

acuerdo con el señor de Maeztu hasta este punto de mis reflexiones. Pero vengamos al nudo del asunto: universalismo español. ¿Qué especie de universalismo es éste? ¿Uno cultural como el griego? ¿Uno político y hegemónico como el de Bonaparte y el mismo Luis XIV, y sobre todo, como el de Roma o el de Inglaterra? ¿Uno polémico y científico como el de Alemania de antes de 1914?—Hablemos claro: es universalismo más que español. romanista-papal en la forma de la materia religiosa que defiende, y más que romanista-papal, mahometano en los procedimientos que emplea. Porque digamos una verdad más: entre los innumerables cristianismos que la historia ha visto y vé, desde el de Cristo hasta el Mormón, con ser pleno romanismo en la forma, tiene el español tales caracteres psicológicos de semitismo innegable, que establece una verdadera unidad aparte en la Europa cristiana general. Y debo puntualizar que no me refiero a un semitismo clásico, por así llamarlo, como el ciclo de los Profetas o el del cautiverio en Babilonia, sino a uno posterior de cuando las sangres semíticas reflorece en tierra nueva, en plena Africa, muerta o moribunda como está ya para los semitas la tierra del Asia ceterior. He aquí por qué digo yo en mi carta a Mañach «País asiático a través del Africa que psíquicamente integra».

Y venimos al punto de las comparaciones que en manos del señor de Maeztu se convertirían en identidades. Hablé yo de una tendencia americana a lo universal, sobre todo en los gustos literarios (trataba de la experiencia literaria). El señor de Maeztu señala otro universalismo que es español y que, en último análisis es de carácter fanático y religioso, como honradamente lo apunta el mismo escritor. Y pregunto yo: ¿qué hay de común entre ambos para pretender identificarlos? ¿A algún americano, pensador o gobernante, se le ocurriría cerrar la frontera a los libros a título de universalismo, como dice el señor de Maeztu? Ambos universalismos (si es que hay alguno americano) se excluyen tanto, que al primer análisis estallan las antinomias y contradicciones. Se dirá tal vez que lo idéntico es la tendencia que se diversifica y especifica según el tiempo y el lugar; y que lo que en política peninsular llegó a florecer en Cisneros y el Duque de Alba, siglos después en América llegó a ser en el campo literario Rubén Darío y Herrera y Reissig. Todo esto puede ser; pero yo confieso que mi facultad imaginativa y especulativa no llega a tanto.

Yo deseo concretar un poco mi anterior afirmación sobre la tendencia americana hacia lo universal. Ello consiste en creer de mi parte que el alma americana queda siempre, *a priori* y reflexivamente, abierta a la acesión de todo elemento, de todo factor, de toda materia extraña y aun antitética con ella misma. Como la primera manifestación de tal estado es la imitación (imitatividad crónica americana), resulta lo siguiente: desde que la independencia nos dió la libertad de tender los ojos de la in-

teligencia donde nos plazca, en América calcamos y copiamos servilmente todo lo extranjero: política, sociabilidad, costumbres, literatura, cuanto puede darse. De aquí que nuestra prensa continental,—libro o diario,—resulta tan monótona y cargante, sobre todo para quien tiene alguna memoria, pues de tenerla, cuanto en América se lee sólo aparece como una reiteración desgarrada de algún clásico antiguo o de algún europeo contemporáneo. Como toda medalla, ésta tiene su verso grato,—la revelación de la gran juventud, mejor, de la gran infantilidad del continente nuevo; y su reverso desagradable, el de hacernos aparecer como el *Affenland* de que en Alemania hablan *soto voce*, una tierra de jímios pedantescos en verso y prosa. Y guay! que del cargo no se libra ni nuestro amadísimo Rubén, al menos en dos buenos tercios de su obra, para no hablar del resto de escritores que todavía es inferior.

Vendríamos a que es preciso investigar en qué consiste lo que yo he llamado la tendencia americana a lo universal, y lo que el señor de Maeztu llama «el empeño español de unir a todos los hombres bajo una misma ley». Con venia del señor de Maeztu, yo llamaría esto más bien el empeño o la tentativa de la tiranía universal, y así fué la política imperialista de España en el pasado. Ahora bien, lo que me parece descubrirse en América es justamente cosa muy distinta, tal vez antitética con aquella otra española. Esa tendencia americana pareceme sobre todo un anhelo incondicional por incorporarnos de alma y afecto en todo lo que no es americano, especialmente tratándose de cosas del arte, de la inteligencia. Rasgo típico: la ausencia del yo in-moral, esto es, la ausencia de toda voluntad de predominio sobre nuestros semejantes, la ausencia de presuponernos mejores *a priori*, la ausencia de todo pensamiento reservado que consiste en vivir lo presente sin más intención que la de preparar el sometimiento de nuestros semejantes en lo porvenir. En este punto me viene un pensamiento o comparación por analogía (generalmente las ideas corren interiormente como amarradas por afinidades propias). Pienso en cierto bellaco que gobernó uno de estos países de Jauja, digo de América, y que hoy lejos del poder, aconseja gravemente la dictadura a lo Mussolini, como la sola salvación de la Arcadia lejana. Se calla, pero se entiende que el dictador sería él. Igual pienso del espíritu universal español: someter a todos bajo una ley, se entiende a condición de tener España la ley en la mano. De otro modo tal universalismo para nada sirve.

Como el mal ejemplo se contagia lo mismo que el bueno y aún quizá más, ya en nuestra América empezamos a vislumbrar atisbos de universalismo no a la española sino a la europea. Porque en el Brasil y la Argentina la tierra ubérrima da mucho dinero, ya hay políticos bobos que sueñan con hegemonías americanas y predominios continentales. Aquí también encontramos el calco y la monada de lo europeo. Sólo

México, el heroico y riquísimo México, no piensa aun en universalizar su predominio sobre todos sus hermanos de habla española. La razón me parece que reside en los profundos de la raza. Como México sigue siendo una nación india, su nobleza, (su vocación sobre el globo) está muy por encima del mestizaje enriquecido y enorgullecido de nuestras costas del Atlántico. Allá hay que buscar las trazas de todas las taras europeas, aquí, (digo en la América india o casi india), hay que buscar otra materia histórica, otras leyes huma-

nas, deseo decir, otras promesas humanas.

De hoc satis.

FRANZ TAMAYO.

Nota: El título de mi artículo *El mito de la raza* no es mío y pertenece a la transcripción de la Revista *Social* de La Habana. Yo escribí una carta a secas al cubano Mañach,

Otra: Deploro aparecer ante el señor de Maeztu como un despreciador del divino Herrera. No me he dejado comprender, y me duele. Siempre he guardado desde mi infancia para el gran lirico español un fervor admirativo sólo superado en mi entusiasmo por Pindaro y el latino Horacio, aunque estos dos últimos no se parezcan mucho.

TAMAYO

El mito de la raza



LA elegante revista *Social* de la Habana, ha publicado un artículo titulado *El mito de la raza*, original del boliviano señor Franz Tamayo. Es una *Carta de americano para americanos* (1) pero viene abierta, y no creo que deba pasar sin respuesta española. Se dice en ella que el español desprecia al americano por incompreensión; que entre españoles e hispano americanos hay "heterogeneidad de almas y de naturaleza", procedente de que "la tierra americana engendra y cría una sangre humana, así sea blanca, mestiza o india, distinta, muy distinta de la sangre humana española", como se prueba por el hecho de que los americanos se aburren con el *Quijote* y el poeta Herrera, en tanto que los españoles no comprendemos a Rubén Darío, porque mientras los americanos son "un eco inoriginal y filial de otras culturas", con la característica de "la universalidad como tendencia", España, "país asiático a través del África", atávica, incomprensiva y conservadora, "se indigna cuando siente o presiente esa universalidad de gustos" de los americanos, que no quieren volver a saber más de la fórmula del Sr. Unamuno: "a quien no quiere caldo, taza y media", que es la de toda España; en vista de lo cual ha llegado la hora de proclamar que en la "Fiesta de la Raza" se festeja un mito, porque no hay tal raza. "¿De qué raza si le place? ¿De la india, de la mestiza o de la blanca", ya que al "español castizo" le inspiraría una "mueca de profundo desprecio" la idea de confraternizar de veras con "cien millones de indios y mestizos". Resumen y final: que hay que completar la liberación material de América con la espiritual y definitiva. •

Y allá va la réplica. Mal puesto está el nombre de Fiesta de la Raza. No cabe duda de que las Hispanias espirituales viven en cuatro razas: la blanca, la india, la malaya y la negra. Todavía se puede añadir la quinta en formación, de que nos ha hablado el señor Vasconcelos. La palabra "raza" es inexacta, grosera, ridículamente inexacta. Pero ¿quiere saber el Sr. Tamayo la razón de que en España se haya podido cometer error tan obvio? Muy sencilla. El español tiene ideas muy vagas de lo que es una raza. No ha dedicado el menor empeño a distinguir unos hombres de otros. Su empeño lo ha puesto en unirlos a todos en una misma ley. Lo primero que hizo Alonso Ojeda al desembarcar en las Antillas en 1509 fué asegurar a los indios, en nombre de los altísimos reyes de León, que ellos los (indios) y él y todos los hombres venían de Adán y Eva. Y éste sí que es el mito de la raza.

En 1892 yo he visto en Cuba llorar a un ferretero montañés grande y rubio, porque un negro cimarrón acababa de decirle que no era español, sino cubano. Pero crea el Sr. Tamayo que si el Maharajah de Kapurtala se presentase en una humilde casa de huéspedes de Londres, vestido de perlas y diamantes, y proclamara que era inglés, no habría hijo de Albión, por pobre que fuere, por grande que fuere su adoración de las riquezas y los títulos, que no se sintiera ofendido en lo más hondo del alma, y alguno le observaría que una cosa es ser súbdito británico y otra distinta inglés, y otro que es un "nativo", y otro que es un "negro", y alguno precedería el sustantivo negro de un adjetivo malsonante. La unidad del género humano es el mito español; pero hace cuatro siglos que los hombres de habla inglesa creen que Dios dividió a los hombres, de toda eternidad, en electos y reprobados. Y así como dentro de la ra-

za anglosajona los elegidos se suelen conocer por su prosperidad, así entre los pueblos del mundo el hombre nórdico, grande y rubio, como mi montañés, lleva en el cuerpo el signo de la divina preferencia. No es éste nuestro mito, sino el de la raza anglosajona.

Me dirá el Sr. Tamayo que también los franceses profesan creer, como los españoles, en la unidad del género humano. Pero el francés es nacionalista. Su Iglesia ha tendido siempre al galicanismo. Nada semejante se encontrará en la historia de la Iglesia española. España es siempre el país de la contrarreforma. Nos desangramos por la unidad de la Cristiandad, que era la organización de nuestro mito. En defensa de la universalidad llegamos a cometer el absurdo suicida de cerrar la frontera a los libros extranjeros, por temor de que nos hicieran dudar de nuestra creencia en la igualdad de todos los hombres ante Dios. Compramos la universalidad al precio del retraso en la cultura. Fué malo el negocio. En lo futuro hemos de fundarla no en la exclusión de unas ideas, sino en la inclusión y superación de todas. Seguimos siendo el pueblo más universalista de la tierra. Es verdad que nos reímos un poco cuando nos dice un hispanoamericano que la sal del planeta está en París. Nuestro universalismo es el que proclama la identidad fundamental de todos los hombres de la Tierra. Por este mito llevamos tres siglos en la cruz. Por él resucitaremos a nuestra hora, si no estamos resucitando ya.

Al Sr. Tamayo no le gusta el "divino" Herrera. A mí tampoco. Desde que fray Antonio de Guevara, y ya van cuatrocientos años, escribió aquel libro que debió titularse *Menosprecio de asunto y alabanza de forma*, las letras españolas padecen el vicio de que nuestros escritores, con espaciadas excepciones, Cervantes, Galdós y algunos otros, ponen en la manera de decir la atención y el espíritu que debieran emplear previamente en escudriñar las posibilidades de cada asunto, su significación profunda, su valor permanente. Por ser redichos se les esteriliza tan a menudo el alma. Algún día descubriremos que el camino de una gran literatura está en partir del enamoramiento del asunto para llegar al enamoramiento de la expresión, como antes de Guevara lo habían andado el Arcipreste, Jorge Manrique y Fernando de Rojas; y no al revés, que es nuestro yerro, como también el de los hispanoamericanos, según puede ejemplificarse en el caso de Rubén, grande y glorioso poeta, pero que no se habría quedado en su paganismo sensual e individualista, cáncer de América dijo Edwin Elmore (y de la España actual, me permito añadir), si no le hubiera preocupado, sobre todo, la adquisición de su "aristocracia verbal", como declara al historiar sus libros respecto del «Azur» y este Herrera y Reissig, uruguayo, cuya incompreensión reprocha a los españoles el Sr. Tamayo, ¿qué es, de nuevo, con todos sus méritos, sino el fraile Guevara y su "eufuismo", la

(1) Con este título, puesto por mí, apareció la carta de Franz Tamayo en el No. 12 del *Repertorio Americano*, tomo XIII. (Nota del E.)

vieja yedra verbalista, que nos asfixia, siempre retoñante?

El *Quijote* es otra cosa. ¿Que su palabra es lenta? Conforme. Pero colóquelo en el vasto panorama histórico en que ha de emplazar esta epopeya el que quiera entenderla. Rechace los cristales miopes de los eruditos. Vea en Don Quijote la España entera del siglo XVI, con su sueño de igualdad, de universalidad, de catolicidad, atropellada por los separatistas nórdicos, que quieren vivir su vida aparte, sin ley y sin obras, salvados por la gracia de Dios y porque sí. No dirá entonces el señor Tamayo que la diferencia de sangre hace imposible que nos entendamos españoles e hispanoamericanos. El universalismo de que se ufana es el nuestro, el de España. Se lo debe a lo que en él haya de Tamayo, no a lo que tenga de Franz. Españoles e hispanoamericanos nos hemos entendido siempre, hasta cuando peleábamos por el gobierno de los países de América. Sabíamos muy bien lo que querían los hombres de Bolívar y Martí: el gobierno de los países de América. Y ellos sabían también perfectamente lo que queríamos nosotros: el gobierno de los países de América. "Mi primo Francisco y yo", decía Carlos V, "nos entendemos perfectamente: los dos queremos Milán". Que nuestro ideal haya sido el más generoso de los ideales no quita para que los hombres que los profe-

samos, americanos y españoles, hayamos sido egoístas. Pero nuestra filosofía y nuestra religión no nos impiden reconocer nuestros defectos. Somos como hombres, pecadores. Hacemos bien en defendernos mutuamente contra nuestros egoísmos. Somos más egoístas y perezos que incomprensivos. Yo entiendo al negro, al indio y al malayo. Y el malayo, el indio y el negro me entienden a mí. Este es el mito de la raza. Que sea mito no quiere decir que sea verdadero o falso. Puede ser lo uno o lo otro. Hasta es posible que pragmáticamente sea hoy falso. Es muy probable que la actual superioridad anglosajona se deba a haberse dicho: "No tratemos de alzar a todos los hombres hasta Dios. Conformémonos con evitar que el peso muerto de los reprobados encorve y haga caer a los electos". Pero aunque el mito de la raza española, que la igualdad de todos los hombres, sea actualmente falso, potencialmente es verdadero, en el porvenir es verdadero, en la eternidad es verdad pura, y después de haberlo pesado y repesado con el de la superioridad anglosajona, y aún convencido como estoy de que necesitamos apropiarnos el sentido anglosajón de la literatura y del dinero, me quedo, Sr. Tamayo, con nuestro mito, con el de usted y con el mío

RAMIRO DE MAEZTU.

(*El Sol*, Madrid).

Alberto Guillén

COMO los trágicos griegos que dijeron todo lo que tenían que decir en tres palabras, así este Alberto Guillén.

Como mis flamencos inolvidables, Quintín Metssys en Amberes, Hans Memlinc en Brujas, los dos Van Eyck en Gantes, etc., que duermen gloriosos en el remanso de los trípticos, así este Alberto Guillén,

Leyendo *Belleza humilde*, *Laureles*, *Madrigal frustrado*, *Bolívar*, *Virgiliana*, pensáis en él: *Cecini rura duces et pascua* de la tumba de Virgilio y en los tres mundos de Pascal y en aquellos tres modos del *Itinerarium mentis in Deum*, que sin hipérboles, este Alberto Guillén y todos los poetas de verdad, son místicos y sus poemas escalas o exactamente como decía David, ascensiones.

El retrato de su madre, el libro donde entra y sale el Caballero de la Triste Figura y dos ojos para ver con ellos son la terna vía de Alberto Guillén. Lo dice él mismo en sus *Laureles*. Por eso yo hablaba de la trilogía de los trágicos griegos y del tríptico de los flamencos y de los tres mundos de Pascal y de los tres modos del *Itinerarium mentis in Deum*.

Eso dice Alberto Guillén, en *Laureles*.— Y en todo lo que él escribe, prosa o verso intervienen, tres dioses, el retrato de su madre, el libro donde entra y sale el Caballero de la Triste Figura y los dos ojos para ver con ellos.

Es ley de perfección y no puede faltar. Cuando Silva dice:

«Iba sola,
iba sola,
iba sola»

quiero decir que una cosa perfecta se repite. Una rosa y otra y otra. Una lámpara encendida y otra y otra. Y es la última como la primera. Y sin embargo, ¡tan nueva! como si por primera vez abriérais los ojos para verla. Homero aún cuando diga cosas muy distintas, siempre dice lo mismo. En cualquiera de los dramas de Shakespeare os encontráis con Hamlet y ni en Windsor ni en Verona, podéis olvidaros de Elsenor. En el libro donde entra y sale el Caballero de la Triste Figura, véis un molino de viento y otro, y otro. Y el último es como el primero y sin embargo, tan nuevo, como si por vez primera abriérais los ojos para verlo.

El retrato de mi madre, lo lírico, el libro donde entra y sale el Caballero de la Triste Figura, lo épico, y los ojos para ver con ellos, lo dramático. La madre con sus ojos bendicientes todo lo bendice y las palabras benditas son palomas en bandada.

Don Quijote con sus ojos para ver, de grande aumento, todo lo multiplica. Elevación a potencias y nada más. Suena la hora del cantar de Gesta y pasan los gigantes.

Y los ojos para ver con ellos, como los que tuvo doña Teresa de Cepeda y Ahumada y don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y el propio Cervantes y también Shakespeare son los espejos del teatro. Bien lo sabía Horacio cuando dijo: *Segnius irritant animos demissa per aurem quam quae sunt oculis subjecta fidelibus*.

El retrato de mi madre, el libro donde entra y sale el Caballero de la Triste Figura y dos ojos para ver con ellos, este no es el programa de Alberto Guillén, porque Alberto Guillén no es poeta de programas. Pero nosotros, lectores fieles, leyendo *Virgiliana*, *Belleza humilde*, *Bolívar*, *Laureles*, *Madrigal frustrado*, hemos visto cómo se iluminan todas las cosas a la luz de aquellas tres lámparas.

Su estilo, su *cachet*, su flor, su veta, su filón, qué sé yo, es el *dolce stil nuovo* de los grandes poetas que traduce Dante con la metáfora del río. ¡Eso es! la sencilla y magnífica repetición del río: *Tu sei Virgilio quella fonte che spande di parlar sì largo fiume*.

Todo esto se me ocurre leyendo y rele- yendo *Laureles* de Alberto Guillén. Y se me ocurre también pensar que los ojos de los poetas espejos de visión pura, claros y serenos para ver los siete sacramentos escondidos, se empañan, cuando pasa por delante, un hermano del mismo tamaño. Desde los clásicos ojos de Lope que *hablabron* en lengua vulgar diciendo: «Ninguno tan necio que alabe al autor del Quijote», hasta nuestros días cuánto habría que decir de los ojos, que por las nubes dejan de ser claros. Otra cosa será cuando haya pasado la nube. Lo que dice Guillén de Chocano es una verdad relativa para mientras pasan las nubes. Prefiero decir con Rubén:

«Me permites Chocano que como amigo fiel, te ponga en el ojal esta hoja de laurel?»

Ya véis, apenas una nubecilla, y todo lo demás cielo azul profundo.

La página aquella donde cita unas palabras de Gálvez aladas ciertamente, ¡Gran poeta ese Gálvez! y la escena encantadora y encantada de la madre que lo mira con sus ojos bendicientes. Y el triunfo de Lima la ciudad de las reinas, no consagrado, por los ojos bendicientes de su madre, sino por «ese maestro de voluntades diamantinas, ese conquistador de todos los laureles que se llama Leguía». Y el poema glorificación del Libertador ¡leedlo!, digno pero qué digno, de Bolívar y de Chocano y de Alberto Guillén.

El retrato de su madre, el libro donde entra y sale el Caballero de la Triste Figura y dos ojos para ver con ellos son la terna vía de Alberto Guillén. Lo dice él mismo en sus *Laureles*. Por eso yo hablaba de la trilogía de los trágicos griegos y del tríptico de los flamencos y de los tres mundos de Pascal y de los tres modos del *Itinerarium mentis in Deum*.

A. H. PALLAIS,
Pbro.

Lisa de Niz aragua.

Un libro interesante

La Imitación de Nuestro Señor Yo.

por ALBERTO GUILLÉN. Lima, Perú.

Es un libro de pensamientos brillantes, de paradojas sutiles, de imágenes fastuosas, que pasan en tropel a lo largo del pequeño volumen, dejando en el alma una mezcla de admiración y de nostalgia como la que nos queda tras el desvanecimiento de un vago ensueño confusamente acariciado, no porque nos sintamos defraudados propiamente, sino por el desconcierto que producen las ásperas realidades de sus filosofías.

«El arte, dice, es otra forma del coturno: aumenta la talla de los histriones.» ¡Y son tantos los histriones de América, las pequeñas almas mordidas por los flacos perros de la envidia!

Es un libro de orgullo y de desdén. La historia de la última carnicería de la vieja Europa civilizada, la condensa en dos líneas: se ríe de sí mismo con un desconcertante cinismo que deja muy atrás a Diógenes; analiza el Quijote en dos renglones sintéticos sencillamente admirables; tiene expresiones de una hondura extraordinaria y a momentos su alma padece crueles inquietudes sentimentales y se filtra al través del canebás de sus pensamientos una ironía jactanciosa que nos estremece; se empequeñece a ratos para poder burlarse con más facilidad de su yo atrabiliario; analiza con la rapidez de un relámpago todos los sistemas de filosofías para terminar en una carcajada mefistofélica; el colmo de la sinceridad lo ejercita constantemente en ironizarse a sí propio.

De todo esto hay en el libro *La imitación de nuestro señor yo*. Es un libro fuerte, de un vigor asombroso, que nos trae reminiscencias de aquel



encantador genio del a paradoja que se llamó Wilde, pero muy amenudo superado. Son frutos agridulces que al morderlos nos hacen contraer el espíritu en una mueca que deja hondo surco de desasosiego.

Hasta ahora no conocemos quien maneje mejor este don sintético, este poder de captación breve como Alberto Guillén. Ni los mismos magistrales poemas cortos de Jules Renard superan esta brevedad brillante, esta audacia bravía, esta delicadeza y hondor de vida que hay en los pensamientos

de este altísimo poeta. Pero pensamos que todo este chorro de risa, de ironía sangrante que hiere y ciega, está brotando del mismo dolor, de la misma amargura de su alma.

Lo obsesiona el viento, y como el viento, es proteico, arrebatado, en veces sedante, otrora contorsionado y agresivo. En este libro hay tres palabras que dejan oír su música con el ritmo tenaz de un rondel, pero siempre variable en sus motivos. También los espejos le dan temas constantes: el espejo del agua, el espejo azogado o el espejo de su alma. Se mira al cristal y como se encuentra a sí mismo y se reconoce fuerte, ríe y se burla de todo con una risa socarrona que cae cual una agua fuerte sobre los valores consagrados de una manera definitiva. Alrededor de Cristo engarza sus filosofías que los espíritus timoratos llamarían blasfemas. Y viento, espejo y Cristo son como tres estribillos que resaltan a lo largo de estas páginas fuertes de un sabor acre, como un persistente leit-motiv inquietante que nos produce un extraño calofrío, al modo de esas felpas frizadas a contrapelo.

¿Que por estos conceptos el poeta nos eche encima la avalancha de sus truenos temibles? ¡Bah! Estaríamos conformes con que fueran los truenos solamente y no los rayos mortales de sus ironías formidables. Acaso junto con sus saetas buidas nos deje caer una rosa perfumada del rosal milagroso de su espíritu.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica.
Setiembre de 1927.

No me he topado a don Quijote ni en España. La risa de Cervantes sólo dejó con vida a Sancho.

*

Nada de ataúdes, quiero podrir mi corazón bajo la yerba para pasar más pronto a la cabeza de los asnos.

*

¿Alemanes? ¿Franceses? ¡Qué me importa! Los gusanos ganarán la batalla, de eso sí estoy seguro.

*

Es hombre de convicciones. Es decir, se construyó a sí mismo un enrejado.

*

Arrojo mis creencias como frascos de perfumes, cuando están vacíos.

*

He aquí—me dije mirando una calavera que reía en la yerba—en lo que acabarán todas mis megalomanías.

*

Del libro

La Imitación de Nuestro Señor Yo

Como la araña, mi alma quiere atrapar estrellas con los hilos que saca de su vientre.

*

Eva te necesita para burlar a Dios de nuevo.

*

Máxima felina: El triunfo es cuestión de tendones.

*

Yo he de resucitar al tercer día, estad seguros. Pero en la rosa, pero en el ave, pero en la espiga...

*

Me agazapo en mi corazón como un gato en espera: ¿una estrella? ¿una mariposa? ¿una estrofa? ¿una mujer?...

*

La lombriz suele volar a veces. Pero en el vientre de los pájaros.

*

Hermana alondra, hermano lobo, hermano cuervo. Bien; pero, ¿y el hermano hombre?

*

No hay tales musas: lo que hay son semillas que vienen en el viento.

*

La modestia es una especie de cerrojo. El cerrojo que ponen algunos sobre sus cofres vacíos.

*

También los gusanos se jugarán mi túnica. Miento: quise decir mi piel.

*

Es inútil que el Cristo nos cargue con la suya. Cada hombre es una cruz.

*

Un grillo estride entre mis sienes, y no es otro que mi espíritu violinista y vagabundo.

*

(Pasa a la página 222)

Con su primer libro¹, Manuel Rojas se ha colocado de golpe en la primera fila de nuestros escritores. El vigor de su estilo conciso, la claridad de su mirada de novelista nato, la notoria maestría en el manejo de todos los resortes del interés en la labor literaria definen de manera precisa su obra. *Hombres del Sur* es un volumen en que la crítica y el público han podido reconocer la estirpe de los grandes libros. Su autor, a pesar de su juventud, es ya un consagrado.

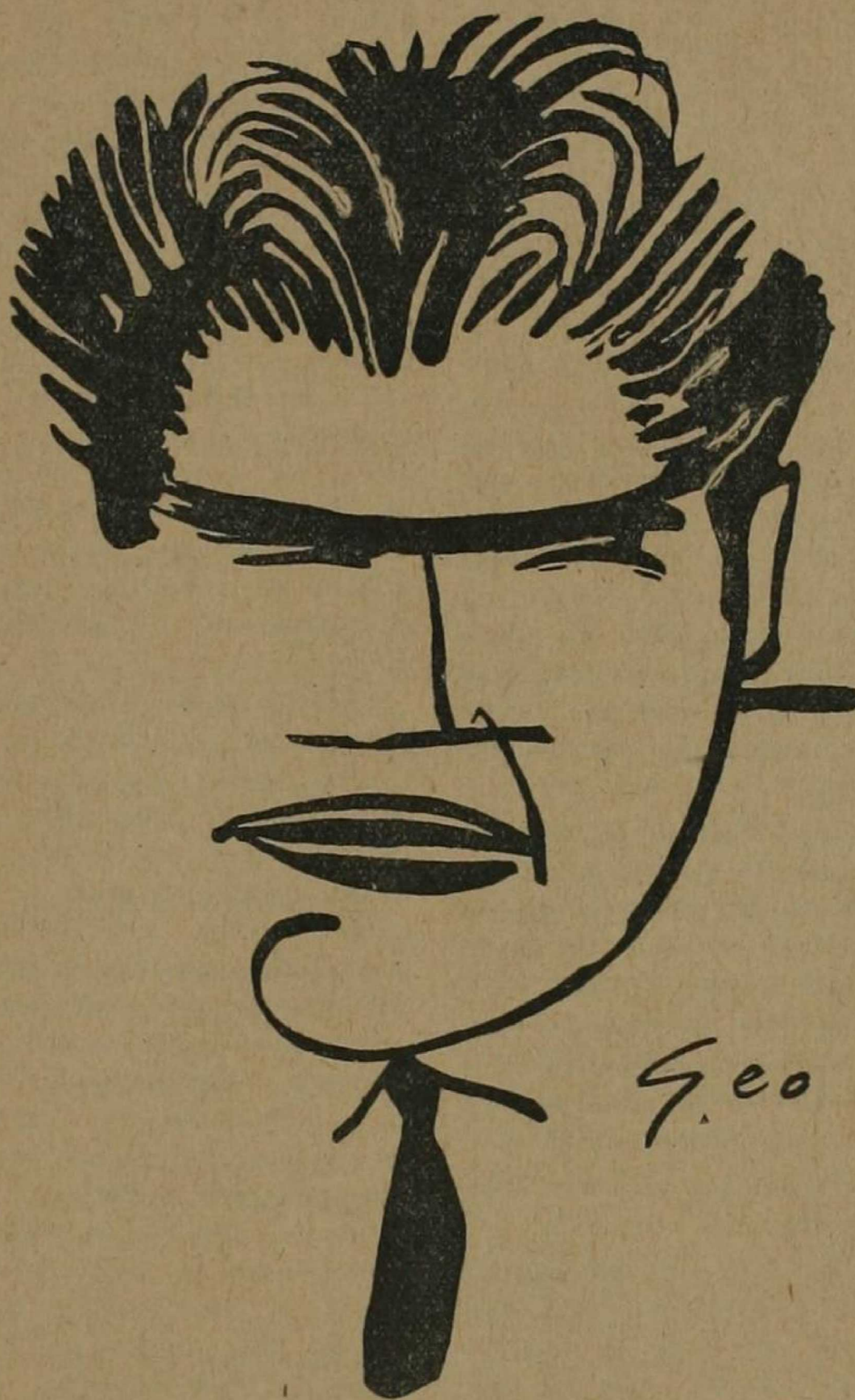
Ahora bien, ¿quién es y que hace Manuel Rojas? El lector lo verá en las líneas que siguen.

Manuel Rojas nació en Buenos Aires el 8 de enero de 1897; sus padres son chilenos, de modo que el autor de *Hombres del Sur*, por el sólo hecho de vivir en Chile, es también chileno. Cuando tenía cuatro años sus padres lo trajeron por primera vez a nuestro país. Más tarde, cuando contaba dieciséis, volvió a vivir en Santiago y en otras ciudades chilenas durante algunos años. Viajes posteriores por los dos países, errancias de ciudad en ciudad y de oficio en oficio, han moldeado su carácter y acostumbrado a la observación sus pupilas de novelador. Al mismo tiempo, lecturas incessantes han ido afinando sus gustos literarios y le han dado los rudimentos de una cultura vivida y personal.

Después de lanzar su libro, el autor huyó a Cartagena, en donde permaneció varios días gozando del sol y del aire marino, olvidado de literatura y de trabajos. Cuando volvió venía quemado, como si le hubieran untado con yodo el rostro enérgico, varonil y simpático. Su altura de gigante y sus hombros de atleta lo hacen destacarse en la multitud. La gravedad de sus gestos y la sonrisa frecuente ponen en su figura un rasgo de fina nobleza.

Cuando vamos a verlo, el autor nos cuenta muchas cosas interesantes, de entre las cuales tenemos que hacer una selección rigurosa, para no llenar varias columnas. No nos habla tanto de lo ya hecho,

1. *Hombres del Sur*. Cuentos de MANUEL ROJAS. Editorial NASCIMENTO. Santiago de Chile. 1926.



Una hora con Manuel Rojas

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile.=

tal vez porque en su modestia no entiende bien el ruido formado alrededor de su obra, como de lo que piensa hacer:

—Varias veces me ha tentado la novela, pero no he tenido hasta ahora oportunidad de dedicarle todo el tiempo que se necesita para un trabajo de esa clase. Tengo varios temas que creo pueden servir. Pienso, por ejemplo, hacer la novela de un campamento, es decir, contar los hechos diversos de las vidas de unos cuantos trabajadores reunidos en un campamento ocasional. La novela termina cuando concluye el trabajo y cada cual regresa al punto de donde salió. Los personajes son todos viejos conocidos míos. Son mis antiguos compañeros en una u otra faena. A medida que se alejan en el tiempo, sus figuras adquieren para mí mayor relieve. Hay algunos de los cuales apenas recuerdo el

rostro y el nombre, no siempre bien precisamente, pero cuyos caracteres, en lo que tienen de propio y personal, cada vez se me precisan más distintamente.

Nosotros pensamos que es el novelista el que hace subconscientemente este trabajo de discriminación, y esperamos leer algún día los relatos en que Rojas cuente las múltiples peripecias de su vida libre y errante. Porque este hombre de aire de luchador ha trabajado en el Transandino, en plena nieve, a tres mil metros de altura, y luego ha bajado a pie hasta el puerto de Valparaíso y allí, de la lancha al muelle, ha transportado fardos y sacos, vaciando las bodegas de los buques, y más tarde ha echado a andar por el valle central en compañía de cómicos y ha compartido con ellos las jornadas bohemias con pan no muy se-

guro y aplausos no siempre entusiastas... Tanto en la Argentina como en Chile ha sido también linógrafo; pero por encima de todo no ha dejado de ser un escritor de raza, un buen poeta a quien no se le cerraron en el pasado las puertas de la revista *Los Diez*, y un cuentista a quien actualmente se premia en certámenes.

Por su formación, es un autodidacto: no ha frecuentado liceos ni universidades, sino apenas la escuela elemental en la cual le enseñaron a leer y a garrapatear con pretensiones de caligrafía. Como Gorki, ha vagabundado en busca de trabajo, ha marchado a pie junto a trabajadores y mendigos. No siempre ha podido dormir en una cama, ni al fin de cada jornada ha tenido seguro el pan que reparara sus fuerzas. Hoy mismo, debe trabajar ocho horas como un esclavo frente a la linotipia, para sostener a su madre y para vivir él mismo. En ratos perdidos, tratando heroicamente de vencer el cansancio de la labor material, escribe sus sobrios relatos en que la observación precisa se mezcla a la ironía regocijadora. Es, pues, su caso uno de los más interesantes que cuenta nuestra literatura y recuerda a los de Henry, Panait Istrati y tantos otros que se formaron en la dura lucha por el pan de cada día y fueron luego amenísimos escritores de aventuras, recios noveladores en cuyas obras palpita con pulsos enérgicos la vida.

—¿Cómo comenzó usted a escribir?— le preguntamos.

—Estaba yo en Mendoza— responde— y no tenía más que quince años. Allí conocí a un joven, un poco mayor que yo, muy aficionado a la literatura y lector entusiasta. El me recomendó algunas obras literarias de mucha boga entonces, que yo leí con interés. Este me guiaba también. Si yo leía algún libro de Vargas Vila, por ejemplo, él no me lo prohibía, sino que me decía que esa era una mala literatura, por tales y cuales motivos. Así se me formó un gusto literario más o menos cuerdo. Al mismo tiempo se me ocurrió escribir y envié una colaboración a un diario de Buenos Aires, que se publicó. Mas

tarde escribí sonetos y poesías de diversa clase, en gran número, pero de ellos he conservado sólo unos cuantos. Mi primera publicación en Chile fue en *Los Diez*, y poco después mi nombre fué colocado en la *Pequeña Antología*, que editó esta misma revista.

—¿Y cómo llegó usted a escribir cuentos?

—Eso fue cosa de pura casualidad—dice con sencillez—Yo estaba entonces en Buenos Aires, muy pobre y sin trabajo, desde hacía mucho tiempo. Un día ví en un diario leído a la ventura la noticia de un concurso de cuentos. Faltaban pocos días para que se cerrara el plazo de admisión, y tuve que escribir rápidamente mi cuento titulado *La Laguna*, recuerdo de mis trabajos en la cordillera. Un amigo lo copió a máquina y yo alcancé a presentarlo el mismo día que se cerraba el certamen. Confiaba en el jurado, que estaba compuesto por el poeta argentino Calou, muerto hace poco, Julio Barcos y un escritor mexicano, cuyo nombre no recuerdo.

»Pasó cerca de un mes sin que el jurado terminara su labor de selección, y yo cada día más pobre. Una tarde, después de haber ido a ver a un amigo a las afueras de Buenos Aires, estuve vacilando largo

rato en comprar el diario. Si lo adquiría me tendría que volver a mi barrio a pie, porque llevaba en el bolsillo la última moneda de diez centavos. Lo compré, al fin. Allí estaba la noticia del resultado del concurso; yo había obtenido el segundo premio, que era de ciento cincuenta pesos.

»Después fué *Caras y Caretas* la revista que abrió otro concurso de cuentos al cual presenté *El hombre de los ojos azules*, que en mi libro aparece con el nombre de *Leyendas de la Patagonia*. Obtuve un tercer premio. Esto me abrió las puertas de la revista, en la cual publiqué después versos y otro cuento, *Un espíritu inquieto*.

Manuel Rojas es un mimado de la suerte en los concursos literarios. En el de cuentos de *El Mercurio*, cuyo resultado ha sido conocido hace poco, obtuvo dos recomendaciones por dos hermosos trabajos, de los cuales se ha publicado ya el titulado *El vaso de leche*.

Interrogamos al autor sobre su labor y nos responde:

—Mi madre sabe muchas sabrosas historias que me han servido para escribir algunos de mis cuentos y que me darán tema para muchos trabajos. Ella me ha hecho posible hacer un cuento de mi

libro, *El bonete maulino*, y otro aun no coleccionado, *El colocolo*. También pienso recoger las noticias que ella me ha dado de algunos de mis antepasados, que tienen una historia curiosa y accidentada, en una novela. Se trata de unos tíos míos, cuyas hazañas son verdaderamente sugestivas. Cuando escribo sobre un tema que se me ha dado, como en el caso de los cuentos que he oído a mi madre, casi no puedo agregar nada mío. Otra cosa muy distinta es cuando invento yo mismo las peripecias, como en *Un espíritu inquieto*.

—¿Tiene otros trabajos en preparación? —decimos luego.

—Sí, varios. En el otoño debe publicar Nascimento un libro de versos, en el que reúno mis poesías antiguas y algunas nuevas, escritas hace poco. Tengo también la intención de hacer una serie de tres relatos santiaguinos en que aparezca sintetizada la vida de la ciudad. No todo ha de ser explotar los dichos y las artimañas del campesino. Finalmente, me ha interesado sobremanera la vida de Almagro el conquistador. ¡Qué riqueza de matices en esa existencia, qué colorido, qué cantidad de aventuras! Me sentiría feliz si pudiera hacer un libro en que apareciera narra-

da con relieve su vida, desde sus orígenes hasta su muerte. Ya está todo investigado sobre esta figura. Falta ahora hacer la novela de esa vida privilegiada.

Hablando de lecturas, el autor nos cuenta la impresión que le han producido las novelas de Proust, en las cuales ha visto procedimientos nuevos, dignos de la mayor atención. «Un escritor—dice—se siente sorprendido por el talento literario de ese hombre que con su análisis llega tan adentro».

Conversamos en una pastelería central, acodados en la mesita que decoran dos platos de helados con los cuales pretendemos dominar el calor ambiente. El escritor habla frente a nosotros con sencillez. Parece que le agrada recordar los hechos de su vida pasada, rememorar a sus antiguos compañeros de padecimientos y alegrías y traer hasta su charla el eco de sus ensueños de otros días. Su rostro enérgico se pliega en sonrisa de bondad que le descubren los dientes blanquísimos, sanos, fuertes como peñascos. Sus manos, que han manejado chuzos y alzado fardos y cajones, destrozan la frágil servilleta de papel.

RAÚL SILVA CASTRO

PANCHO el Largo y su antiguo camarada de aventuras, el huaso Blanco Encalada, tenían que practicar aquella noche cierta pequeña y delicada diligencia.

Separados, por azares del oficio, durante varios años, habíanse reunido en Santiago poco tiempo antes. Volvía del norte el huaso, después de una accidentada campaña en las regiones mineras. Pancho el Largo, librado milagrosamente de una reciente condena a muerte, había vivido del juego en los últimos tiempos.

Mal les había ido a los dos en esos años de separación. En una aventura por las tierras de Atacama, el huaso fué abandonado en el desierto por sus compañeros, casi muerto de sed, sin más compañía que su carabina recortada y una lata con un poco de agua. Salvado por un coya que lo encontró cuando ya la sed le hacía arañar la

Bandidos en los caminos

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile.=

tierra angustiosamente, se volvió al sur, en busca de sus canchas de antaño.

A Pancho el Largo no le había ido mejor. Culpado de un salteo con homicidio y violación, salteo que no había cometido, estuvo dos años en la cárcel; fué condenado a muerte, y salvado de esa condena gracias a la solicitud y viveza de su abogado; instaló una casa de juego, en la cual la mala suerte lo persiguió también, obligándolo a abandonarla.

Se encontraron como una mano amiga encuentra a otra, más amiga aún. Su separación había sido debido a motivos muy graves. Combinados para verificar un salteo, alguien los delató a la policía. Llegaron a la casa del fundo, confiados, ignorantes de lo que les esperaba.

Entraron. Para llegar a las habitaciones del patrón tuvieron que atravesar un estrecho corredor de madera y en ese corredor se encontraron con lo inesperado. La policía había quitado una tabla de la pared y en el agujero que quedó, los guardianes abocaron sus carabinas. Cuando la banda, que caminaba sigilosamente por el oscuro corredor, llegó frente al agujero, una descarga la fulminó. Solamente se salvaron dos: Pancho el Largo, que iba el primero, y el huaso Blanco Encalada, que había quedado de loro afuera.

En la noche, perdidos, cada uno huyó por donde pudo. Y de resultas de ello, el huaso se fué a Copiapó y Pancho el Largo al sur, no sin antes vengar, de la mejor manera que pudo y

sin piedad alguna, aquella traición.

—¡Hermanito! —gritaron al encontrarse.

Y se abrazaron, llorando.

La fuerte luz de la luna llena dibujaba sobre el suelo las sombras movibles de aquellos dos hombres y de sus cabalgaduras. Marchaban al paso largo de los caballos, sin hablar, arrebozados en sus gruesas mantas.

Helaba. Los caballos arrojaban parejos chorros de vapor por las nerviosas narices y al pisar los pequeños charcos de agua de la calle, la escarcha sonaba al resquebrajarse en delgadas y frías agujas.

Poco a poco iba disminuyendo la edificación. La ciudad terminaba con sus últimos miserables rancharíos, y de pronto, al dar vuelta un callejón, el campo apareció ante los ojos de los hombres, ancho, claro, con sus chacras y sus potreros,

todo bañado en la luz fría de la luna.

Uno de los hombres apartó con su mano la bufanda que le llegaba casi hasta los ojos, y dijo:

—¿No te da gusto, huaso, ver el campo?

—Gusto me da, Pancho—respondió el otro.

—¿Galopemos un poco?

—Bueno, Pancho.

Se colgaron al hombro las carabinas recortadas que traían atravesadas en la montura y lanzaron los caballos al galope. Las sombras corrieron rápidamente detrás, y ellos, levantando las oscuras cabezas, dejaron que el aire helado de la carrera les refrescara los rostros.

Galoparon durante un largo rato, contentos de encontrarse en la soledad del campo, lejos de la ciudad, libres, sin temer a la policía ni a nadie. En su carrera encontraron varias carretas cargadas de verduras que marchaban perezosamente hacia la ciudad. Los carreteros, sentados sobre el yugo de la yunta delantera, abrigados en sus mantas, miraban pasar, asombrados, aquellos dos fantasmas oscuros que galopaban bajo la luz de la luna llena de junio.

Aminoraron después la carrera, volviendo a marchar al paso. Apareció un pequeño fundo. Algunos perros ladraron.

—Ladren no más... Enojado conmigo debe de estar don Dionisio.

—¿Qué le has hecho?

—Le robé un cordero y le maté diez.

—¿Por qué?

—Porque no quiso venderme uno. Estábamos de fiesta donde mi comadre Chepa Sarmiento y se nos antojó comer un asado grande. Vine donde don Dionisio y me cansé de rogarle que me vendiera un corderito. No quiso. Le ofrecí pagarle el doble de lo que me pidiera. Tampoco quiso. Le pregunté por qué y me contestó que no vendía de a un cordero solo y que, además, era muy tarde para vender nada. Le propuse ir a buscarlo yo mismo para que no se molestara y entonces me dijo que me mandara a cambiar si no quería que me sacara a empujones. Me fui, pero al poco rato mandé a Juanito con un recado para don Dionisio. Juanito le dijo que iba mandado por mí, sin decirle quién era

yo, y que si quería venderle el cordero.

Se enojó entonces don Dionisio y mandó al diablo al chiquillo, diciéndole que si no se iba tan pronto lo iba a agarrar a pencazos. Entonces Juanito le dijo:

—Mandó decir don Pancho que él iba a venir a buscar uno.

—¿Don Pancho? ¿Qué don Pancho?

—Don Pancho el Largo, patrón.

—¿Era don Pancho el Largo el que estuvo aquí?

—Sí, patrón.

Se fué Juanito. El patrón lo llamó, gritándole que se llevara el cordero, pero el chiquillo no volvió. En la noche fuí yo con dos más; matamos diez corderos y nos llevamos uno... ¿Qué te parece?

—¡Buena cosa de diablos grandes!

Y el huaso Blanco Encalada lanzó una carcajada que espantó a los caballos.

—¡Cállate, salvaje!

En ese momento, cien pasos adelante, una sombra apareció en el camino y avanzó rápidamente hacia ellos.

—Espacio.

Un agudo silencio se escuchó. Pararon los caballos. La sombra marchaba a prisa. Cuando estuvo cerca, don Pancho gritó:

—¿Eres tú, Juanito?

—Yo soy, don Pancho.

El recién llegado era un muchacho de unos dieciocho años, alto y delgado. Aprendiz de salteador.

—¿Qué hubo?

—El patrón no ha llegado todavía. Está la señora sola y el mozo anda con el patrón.

—Bueno, sube.

Subió el muchacho al anca del caballo de Pancho y reanudaron la marcha.

Pocos minutos después pasaron ante una casa rodeada de una verja y cien pasos más allá se detuvieron.

—Aquí es.

Bájense. El muchacho se ocultó con los caballos en un grupo de árboles y Pancho el Largo y el huaso Blanco Encalada volvieron sobre sus pasos hasta llegar frente a la casa. El huaso se acercó a la puertecilla de la verja, buscó a tientas el pasador y abrió suavemente.

Entraron a un pequeño jardín. Se acercaron a la puerta y escucharon. No se sentía el más leve ruido. La ventana

estaba iluminada débilmente.

—Vamos—dijo don Pancho.

Y alzó su carabina. El huaso Blanco Encalada, cogiendo la manilla del picaporte, dió vuelta y empujó. Se abrió la puerta. Ni una voz, ni un grito. El huaso, poniéndose de rodillas en el umbral, asomó su cabeza por la parte inferior de la puerta. Nadie.

Entraron y se encontraron en una gran pieza, llena de muebles, iluminada apenas por una vela que ardía en una palmaria colocada en una mesilla de noche.

Al lado de esta mesilla había una ancha cama, y en ella, tendida de espaldas, una mujer dormía plácidamente. El huaso, en puntillas, se acercó a mirarla. Era una joven y hermosa mujer, muy blanca, con el pelo negro. Su pecho, alto y amplio, subía y bajaba rítmicamente con la respiración. Ignorante de la presencia de aquellos dos hombres que la miraban en silencio, dormía plácidamente.

De pronto, y debido tal vez al aire frío que entraba por la puerta, la mujer despertó. Miró en derredor, y viendo a los dos desconocidos, se sentó en la cama y preguntó, asustada:

—¿Quiénes son ustedes?

—No se asuste, señora—contestó Pancho cerrando la puerta. Somos salteadores y venimos a buscar plata.

—¡Ay, por Dios, no me hagan nada!—gritó la mujer.

—No tenga miedo, señora; no le vamos a hacer nada.

—¿Usted no tiene dinero aquí?

—No, señor; lo tiene todo mi marido.

—No me mienta, señora.

—No le miento, caballero—contestó la mujer, atribulada. Si quiere, registre los muebles.

—¡Hum! Esperaremos a su marido.

—¡No!—dijo la mujer. ¡Váyanse! Si mi marido los encuentra aquí les va a pegar a los dos.

—No importa, señora—contestó don Pancho, sonriendo. A nosotros nos gusta entendernos con los hombres.

Todo quedó en silencio. Pancho el Largo, afirmado en la puerta, escuchaba, y el huaso Blanco Encalada, parado a los pies de la cama, fumaba tranquilamente. La vela ardía, alumbrando con su llama vacilante la mitad de la pieza. El resto quedaba sumido en una suave penumbra.

La mujer, acurrucada en la cama, miraba con curiosidad y temor a los dos hombres; suspiraba de rato en rato y decía:

—¡Ay, Dios mío!

Transcurrió un largo rato. El silencio, pesado ya, continuaba dominando. Los hombres, sin cambiar de postura, guardaban la misma actitud de escucha y espera. La mujer seguía suspirando.

El huaso, por debajo del ala oscura de su sombrero, miraba furtivamente a la mujer, admirando su hermoso y fino rostro. En toda su dura vida de salteador no recordaba haber visto tan cerca de él y tan a merced de él una mujer tan linda. Le habría bastado dar dos pasos y estirar la mano para tocar con sus dedos, que ahora estaban acariciando la caja de la carabina, aquellos hombros tan redondos y blancos y aquel rostro que surgía de entre las almohadas como una flor. Tal vez lo habría hecho, más por curiosidad que por otra cosa, si frente a él, afirmado en la puerta y con la carabina al brazo, no hubiera estado Pancho el Largo. Pancho no admitía bromas en ese sentido. Ya lo sabían los que merodeaban con él. Por causa de ello, aún siendo inocente, había estado una vez condenado a muerte, y le bastaba con esa vez.

Indiferente a la hermosura de la mujer, con sus sentidos puestos en la escucha, Pancho miraba la llamita vacilante de la vela y pestañeaba rápidamente. No había ni fumado, casi ni se movía y respiraba silenciosamente.

—¡Hasta cuándo, vida mía!—dijo en voz baja, impaciente, el huaso.

—¡Cállate!

Un galope se sintió en el camino. Una piedra rebotó en el techo de la casa.

—Ahí está, huaso. ¡Cuidado!

—¡Ay, Dios mío!—gritó la mujer.

—Cállese, señora—musitó Pancho. Si no quiere que a su marido le pase algo, quédese calladita.

Se retiró al rincón más oscuro de la pieza y el huaso se colocó de modo que al abrirse la puerta él quedase escondido detrás.

El galope, que había ido sintiéndose cada vez más cerca, remató frente a la casa. Se sintieron voces de hombres y luego

el paso de dos caballos que se alejaban. Una mano abrió y cerró la puertecilla de la verja y un paso seguro y firme avanzó hacia la casa. Dieron vuelta a la manilla del picaporte y la puerta se abrió.

La mujer no había andado desacertada al amenazar con su marido a los dos salteadores. El recién llegado era un hombre alto, corpulento, de aspecto resuelto. Tenía la cara rosada y los ojos azules. Venía abrigado con una manta de cuello y las espuelas le sonaban al andar.

Al darse vuelta para cerrar, advirtió la presencia del huaso que lo miraba socarronamente y que amenazándolo con la carabina avanzó hasta quedar frente a la puerta.

—¿Qué quieres tú?—preguntó coléricamente el hombre.

—Plata, patrón—contestó el huaso, brillantes los ojos.

—¿Plata?

Y antes de que el huaso se diera cuenta de nada, el hombre saltó sobre él y de un fuerte golpe le hizo soltar la carabina, que cayó al suelo ruidosamente. En seguida se fué sobre el huaso con gran violencia; pero el huaso resistió el encuentro sin retroceder un centímetro; y los dos hombres, tomados de los brazos, acercaron sus rostros, mirándose con odio.

—¿Plata quieres, no?

Hizo fuerzas, con la intención de tumbar al huaso, pero éste ni se movió. Con las piernas abiertas, el cuerpo echado hacia adelante, afirmado en los pies, el huaso habría podido resistir el empuje de un toro. No en vano sus camaradas, haciendo honor a su cuerpo y a sus fuerzas extraordinarias, le decían, el huaso Blanco Encalada.

El hombre se puso rojo de rabia y le llamaron los ojos azules. Se recogió para acometer nuevamente, pero la tranquila y burlona voz que vino desde el rincón más oscuro de la pieza lo disuadió de ello.

—No pelee, patrón. Es para peor.

Soltó el hombre al huaso y mirando para atrás vió a Pancho que le apuntaba con la carabina. Retrocedió, sorprendido; pero su sorpresa duró poco. Convencido de que era inútil resistir, se acordó de su mujer.

Fué hacia la cama y acariciando el rostro pálido y helado de ella, le preguntó con ternura:

—¿Le han hecho algo, mi hijita?

—No, Pedro,—contestó sonriendo, entre temerosa y contenta—no me han tocado si quiera.

—Muy bien—dijo el hombre, satisfecho. Les juro que si hubieran tocado a mi mujer, ni muerto me sacarían un cinco.

Soy bastante hombre para pelear aún contra ustedes dos. Pero se han portado bien con ella y estoy contento. Tomen.

Metió la mano en el bolsillo delantero del pantalón y sacó un grueso fajo de billetes. El huaso Blanco Encalada se adelantó, tomó el fajo de billetes que el hombre le ofrecía, le echó una mirada y dijo:

—El patrón no querrá que nosotros lo registremos.

—No tengo un cinco más. No miento nunca. Pero si no me creen, registrenme.

—No, patrón—contestó rápidamente Pancho el Largo. Nosotros también somos bastante hombrecitos y creemos en su palabra. Vamos, huaso. Buenas noches, patrón. Buenas noches, señora.

—Buenas noches—contestaron los dos saludados.

Salieron. El huaso quedó un momento ante la puerta de la casa, mientras Pancho llamaba al muchacho que llegó enseñada con los caballos.

—Vamos, huaso.

Montaron.

—¿Nos seguirá?—preguntó el huaso.

—No tengas cuidado. Vamos no más.

Partieron al galope y dos cuerdas más adelante se detuvieron y escucharon. No se oía el más leve ruido que indicara una persecución. Corrieron otro tan-

to y se detuvieron de nuevo a escuchar. Nada.

Galoparon, entonces, hasta llegar a la entrada de la ciudad. Dejaron el camino y se metieron por unos callejones.

Marcharon al paso, sin hablar. De pronto el huaso exclamó:

—¡Me gustó el patrón! Bien hombrecito...

—Sí—contestó Pancho—pero con nosotros, qué? A hombres no nos van a ganar, huaso, ni a caballeros tampoco. Lo que es yo, bailo según lo que me canten.

—Y yo.

Siguieron otro trecho en silencio.

—¿Cuánto tiempo hace, Pancho, que no andábamos juntos?

—Va para cuatro años.

—¿Te acuerdas la última vez?

—¡Que si me acuerdo! Me acordaré mientras viva y cada vez que lo hago siento ganas de volver a matar al Chupalla.

—¡Maldito sea!

Habían llegado al camino de cintura.

—Mañana a las tres.

—Sí, a las tres.

Se separaron, tomando uno rumbo al Parque y el otro para el Matadero.

—Hasta mañana, huaso.

—Adiós, hermano.

MANUEL ROJAS

Calama, 1.º de agosto de 1927.

Voy por vastos senderos del pensamiento...

Voy por vastos senderos del pensamiento
reviviendo la historia de tu pasado
y al escrutar del tiempo las oquedades
siento no haber vivido siempre a tu lado.

Siento que otros amores, como un abismo,
se interponen a veces en nuestra vida
e interrumpen la dicha de nuestras horas...
Amores y recuerdos... pena sentida.

Eros es fugitivo, tú bien lo sabes,
goza solo el instante, que es pasajero,
y nuestras almas sueñan un hondo afecto
que aún después de la tumba diga: "te quiero".

Esa es el ansia loca; sólo el olvido
de nosotros se ríe, tristes amantes,
porque sabe que todo muy pronto pasa
y hay seres que estando unidos... están distantes.

Voy por vastos senderos del pensamiento
reviviendo la historia de tu pasado
y al escrutar del tiempo las oquedades
siento no haber vivido siempre a tu lado.

J. J. SALAS PÉREZ

En el tren, rumbo a Puntarenas.

Al partir el tren...

Al partir el tren
manos de niñas gentiles
me brindan flores graciosas
de sus sencillos jardines,
y al ver este gesto hermoso
escruto en mi pensamiento
la palabra que interprete
la voz de mi sentimiento,
aquella que diga en forma
cariñosa y fraternal
la gratitud que me embarga
en esta hora matinal;
la palabra hecha de aromas
y ritmos del corazón,
que exprese a estas niñas buenas
mi silenciosa emoción,
y la encuentro, es: ilusión
de la vida y el viajar,
llevando la gratitud
como un regio talismán;
viajar... viajar...
en un perpetuo vaivén...
viajar, es decir, soñar...

J. J. SALAS PÉREZ

Esparta, Set. 1927.

Pesadilla azteca

=De *La Reforma Social*, Nueva York=

LA que ha venido pasando por México, desde hace quince años, es una de las más pavorosas tragedias de la historia. Sobre el planeta hay zonas de espíritu. Así como existen latitudes y climas, hay zonas y centros de conflicto. Por alguna razón misteriosa el valle de Anahuac y en general la zona mexicana es ambiente de combate y de crimen. En la misma placidez luminosa de aquel paisaje nuestro, que invita a la plegaria y a la gloria, hay también un escondido temblor que inquieta y perturba el ánimo. Los sacrificios humanos de los aztecas han dejado allí una suerte de maldición y de contagio... Para redimirlo apareció Quetzalcoatl, civilizador y profeta; pero los generales aztecas expulsaron al héroe y volvieron a sus holocaustos de corazones palpitantes. La divinización del asesinato embruteció la raza; la dejó inerte delante del empuje de medio millar de españoles. La cruz despejó un tanto el horizonte; los misioneros limpiaron la atmósfera. Pero los capitanes volvieron a empañarla. Sin embargo, hubo un largo período en que dejó de ser la norma el asesinato. Y entonces se creó Nueva España.

Años después, con la Independencia volvimos a devorar corazones: fusilado Hidalgo; ejecutado Morelos, muerto a traición Guerrero. En cambio encumbramos hasta la Majestad Imperial a uno que traía las manos rojas de sangre insurgente. Nos envilecimos coronando a Iturbide. Con Iturbide comenzó la era de cuartelazos, asesinatos y tragedias que encuentran su más acabado símbolo en Santa Ana—el hombre que hoy era conservador y mañana liberal, pero siempre asesino: asesino de hombres libres; asesino de prisioneros de guerra; traidor a la patria pero fiel a sí mismo.

La Reforma fué un claro; un grupo de civiles congregó al país, le dió libertades, le dió instituciones, le dió decoro. El país respondió al llamado y México se hizo, alrededor de la figura severa de Benito Juárez, un hombre que no ejecutaba prisioneros de guerra ni enemigos políticos. Un hombre honrado, un constructor.

Pero no fué largo el reinado del bien. Un oscuro soldado ignorante, después de ser derrotado dos o tres veces por el presidente civil Benito Juárez, se aprovechó de la muerte de Juárez para asaltar el poder. Y por treinta y cinco años nos gobernó una espada asesina.

En medio de la noche Porfirista apareció Francisco Madero, la reen-

carnación de Quetzalcoatl. Lanzó su reto al Dios del mal y lo venció humillándolo. Y el pueblo mexicano se sintió regenerado como por milagro divino.

Pero en la sombra estaba la serpiente que animó al monstruo, el monstruo se llamaba Victoriano Huerta; la reencarnación genuina del vencido Huitzilopochtli. Y haciendo uso de la traición, Huitzilopochtli, el sanguinario, destruyó a Madero Quetzalcoatl, el civilizador.

Y otra vez comenzó la noche y desde entonces las sombras no se iluminan más que con el fulgor del incendio que acompaña a los asaltos. Fieras los soldados del gobierno; fieras los revolucionarios. Ebrio de sangre Victoriano Huerta. Ciego de odio y de estupidez Venustiano Carranza. Ojo por ojo y diente por diente. Huitzilopochtli reina en los dos bandos. Asesina en la sombra Victoriano apellidado el Chacal; y Carranza expide decretos que se cumplen al pie de la letra: nadie hace prisioneros. No bastan los rifles para matar mexicanos y se recurre a la ametralladora. Con ametralladoras acababa con los prisioneros Francisco Villa. Con pelotones de yaquis amestrados en el tiro, acababa Obregón con los hermanos vencidos que caían en su poder.

Por fin a Carranza lo devoran los odios que él mismo había engendrado, y hay un rayo de esperanza cuando aparece Obregón que se decía arrepentido: comienza su período decretando la amnistía y practicando la concordia. El éxito no se hizo esperar, la nación respondió con lealtad.

Pero se acerca el término del plazo constitucional del mando y Obregón no quiere dejar el mando. No quiso renunciar al poder. Para conservarlo, tomó a uno de los suyos, al menos querido del pueblo, al más inepto y destrozó su ejército en la tarea de imponerlo. Un sesenta por ciento del ejército se rebeló contra la imposición callista; pero el otro cuarenta por ciento se dedicó a fusilar. Durante

cuarenta días largos; fusiló generales, fusiló tenientes, fusiló soldados. Algunos civiles rebelados también contra la imposición, fueron designados generales por despacho especial de la Secretaría de guerra el día mismo en que se les pasó por las armas sin ninguna forma de juicio.

Y las ejecuciones sumarias siguen; más numerosas que en los días de los aztecas. Y ya vuelve Obregón, que cuesta a la patria más vidas que una guerra extranjera...

En lo más denso de las sombras se se han congregado unos cuantos ciudadanos. En sus manos tembló por un instante la esperanza. Se decían los discípulos del apóstol. Los maderistas volvían a actuar. Seguramente condenarían el asesinato. Y los pseudo maderistas hablaron, pero ya desde antes de hablar habían traicionado a su maestro. Traicionaron la causa del bien... Mancharon su bandera. Eligieron como abanderado a uno de los esbirros. En lugar de Huitzilopochtli, que se embriaga del vaho de corazones palpitantes, el oscuro Agomédez que taja los pechos con el filo de la obsidiana... Y el anhelo de las bocas se ha trocado en carcajada de muerte!

Y por todos los confines de la patria se pasean los pelotones; los temibles, los obtusos, los implacables pelotones de las ejecuciones sumarias...

Huitzilopochtli está arriba; como en los días que precedieron a la conquista española.

Siquiera los aztecas no sabían que detrás del anchísimo mar estaba la amenaza de los españoles. Pero nosotros sabemos que a un paso del otro lado de una línea imaginaria; del otro lado de un angosto río, están en acecho, otros conquistadores, cien veces más poderosos que el español. Poderosos porque no cazan hombres, porque no vuelven las armas de la patria contra los hijos de la patria.

Los nuevos conquistadores están en acecho, y nosotros, vueltos de espaldas, no los miramos; estamos atentos al rito de los corazones. Huitzilopochtli victorioso. Huitzilopochtli invencible. ¿Entregarás otra vez la patria al castigo de una dominación extranjera?

La nación mexicana emigra: huye de Huitzilopochtli. Si se prolonga el reinado del Dios malo—ya no quedará población que vencer.—No venderá Huitzilopochtli esclavos, entregará sólo la tierra. La tierra abandonada, como la entregó Santa Ana. El que traiciona los principios tarde o temprano traiciona también la patria. Avanza victorioso Obregón, el nuevo Santa Ana. Huitzilopochtli se asienta seguro en su trono.

JOSÉ VASCONCELOS

Nueva York, junio de 1927.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Un libro interesante...

(Viene de la página 216)

«Una mujer honrada, dice Heine, no pare antes de los nueve meses.» ¿Es que mi musa no es honrada?

*

Levantarse de hombros no es indiferencia, es impotencia.

*

Serán niños, a pesar de las barbas, mientras se cojan a las faldas de una mujer.

*

Sin libros, pase; sin amigos, tan contento. ¡Pero sin espejo!...

*

Los guijarros, indudablemente, pesarán siempre más que las ideas.

*

Hay corazones llenos de talarañas, es decir, de recuerdos.

*

La derrota que significa tu caída, amor mío, es una victoria de la especie.

*

Para la montaña nada tan sencillo como llevar los cielos en la nuca.

*

Más que mi burla aguda como daga, mi calavera se reirá mañana de vosotros.

*

Aunque no quieran, cada uno es el centro del Universo.

*

Yo soy un hombre que ríe. ¿De qué? Ensayo el gesto de la calavera. Nada más.

*

Diógenes no descubrió el espejo de bolsillo. De otro modo, apaga su linterna.

*

Con la cruz auestas. Es decir, con nosotros mismos.

*

¿La verdad? ¿La mentira? ¡Qué tontadas! La vida es policroma y no negra ni blanca.

*

La brisa me besó en las mejillas y me dijo: ¡Maestro! Pero no era que me vendía, era que me aplaudía un verso.

*

El espejo cree que nosotros somos su eco.

*

La vida me dió un alma, y grande y libre. Pero metida en un nicho.

*

Fuera del Yo, lo único real es el espejo.

*

Las garras del tigre podrán siempre más que todos los clamores del rebaño.

*

Rectificarse es ya una cobardía: una cobardía que requiere un gran valor.

*

No son sólo las alas las que dan el orgullo a las águilas, lo es la contemplación de los gusanos.

*

Me pongo de hinojos ante mí mismo. ¿Para qué levantar templos, mentecatos?

*

Ahora los mercaderes han levantado feria en los templos en el nombre de Cristo.

*

Los muertos viven en nosotros. Sólo hay un sepulturero y su nombre es olvido.

*

¿Mis contradicciones no son una prueba de que llevó en mí a muchos hombres?

*

Para rezar a Dios no necesito arrodillarme: me miro en el remanso, luego callo.

*

La luciérnaga es un plagio. Pero la estrella no protesta.

*

El te mostrará, a Dios nos dijo el Diablo. Y nos regaló un espejo el muy tunante.

ALBERTO GUILLÉN

Mi Don Francisco Giner

(1906 - 1910)

7.—La estrategia de Don Francisco

CADA media docena de años Don Francisco se veía rodeado de un grupito (ay, cuán pequeño!) de jóvenes animosos, puros y bien preparados para entrar en el tumulto de la vida. No eran todos exactamente de la misma edad, aunque todos jóvenes, porque algunos que habían acabado ya el doctorado se retardaban uno o dos años más en Madrid para aprovecharse de la compañía del Abuelo. Les espantaba por anticipado la soledad en que iban a encontrarse en provincias, después de aquellos años de diaria conversación con Don Francisco. Los que no tenían fortuna, que eran la mayoría, para sostenerse en Madrid enseñaban con un sueldo mínimo en la INSTITUCIÓN o se hacían porteros del MUSEO PEDAGÓGICO o servían libros en la Biblioteca. Es el caso tan frecuente en América del estudiante que se paga su carrera sirviendo como criado en el establecimiento donde aprende. También hay en España estudiantes que se pagan la carrera, pero siempre trabajando fuera de la Universidad, haciendo de copistas o enseñando en casas particulares. Los alumnos que se ganaban la vida en la INSTITUCIÓN lo hacían con un fervor que recordaba el del pequeño Ión, de la tragedia de Eurípides, barriendo las escaleras del templo donde aprende los misterios; algo también como los estudiantes de las sectas bramánicas, haciendo los servicios manuales en las mismas escuelas a donde son llevados para su educación.

Finalmente llegaba la hora de separarse. Unos iban a provincias a enseñar; otros tomaban las alforjas para el viaje al extranjero. *Lehr und Wanderjahre*. Los años de viaje, por desgracia demasiado cortos, después de

los de aprendizaje! No había entonces la JUNTA DE AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS, con sus pensiones al extranjero, pero Don Francisco estaba tan convencido de la necesidad de completar la educación en alguna gran escuela europea con el mejor especialista en cada rama del saber, que los más conseguían a fuerza de privaciones, o con algún auxilio que les procuraba el Abuelo, reunir los ahorros necesarios por lo menos para empezar el viaje. En Berlín o donde fuera, algo se ganaría dando lecciones de español... Ya en el extranjero continuaban las privaciones para sostenerse allí el más largo tiempo posible. Sé de un grupo, que a estos tiempos de viaje les llama todavía hoy *el periodo de la fome*, o del hambre. De otro puedo decir que inventó un medio para no comer, que era procurarse más indigestiones periódicas y así perder el apetito por varios días. La leyenda de la emigración escolar española, antes de la creación de la JUNTA DE AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS, es digna de nuestros tiempos heroicos de Alcalá y Salamanca. Nuestros estudiantes, con pleno conocimiento, discutían la relativa dureza de los asientos de tercera clase en los trenes de las diversas naciones de Europa y conocían el valor nutritivo de cada alimento en proporción a su coste, mejor que los que hacen gráficas en los laboratorios de biología.

Era un sacrificio, por lo demás, utilísimo, aunque no aprovechase tanto como hubiera podido aprovechar mejor organizado. No era sólo que el estudiante estaba embargado por preocupaciones materiales, sino que su estancia en el extranjero era por lo regular demasiado corta. Tenía que regresar cuando empezaba a conocer los maestros, hacerse amigos, familiarizarse con la lengua, comprender

bien lo que debía estudiar con preferencia. Volvía triste sin haber en realidad aprendido mucho y se consolaba con la ilusión fantástica de volver al extranjero dentro de un corto plazo, para acabar seriamente algún trabajo comenzado.

Sin embargo, al llegar se convencía pronto de que no había perdido completamente el tiempo. ¡Cuántas cosas no había aprendido sin darse cuenta! Conocía por lo menos la existencia de ciertos problemas, la importancia relativa de las hipótesis, la moderna bibliografía, los métodos de investigación. ¡Ah! ¡si sólo hubiese tenido libros a mano y sobre todo las colecciones de las revistas; casi, casi hubiera sido capaz de continuar su trabajo en España! En medio de su desaliento le consolaba la compañía del Abuelo. Entonces se convencía de que Don Francisco no era sólo un pedagogo o conductor de almas en el sentido clásico de la palabra, sino un apóstol del espíritu científico anhelante de estar al corriente de las novedades espirituales. ¡Con qué ansia preguntaba el Abuelo al recién llegado! ¡Qué impaciencia de obtener información!

—Y diga V., ¿qué se cree hoy acerca de tal punto? ¿Qué juicio se ha hecho de tal o cual libro? ¿Qué esperan allí qué va a quedar aprovechable de tal o cual doctrina?

Y por días y días seguía interrogando para obtener él su información personal. Como a los traficantes de ganado para valorar un rebaño les basta pasar la mano sobre cada oveja, así Don Francisco materialmente palpaba a preguntas, lo que esta joven alma había aprendido en su viaje.

El interés de don Francisco contrastaba con la falta de simpatía que encontraba el recién llegado en los demás. Si por casualidad había tenido algún profesor que se interesase por él antes del viaje, al regresar lo recibía friamente si era uno de los *serios*, o con rechiflas si era uno de los *vivos*, que hay que ir a encontrar en la peña del Ateneo o en el rincón de algún café.—¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Cómo le ha ido su aventura de europeización? Ya habrá visto que Wundt y Bergson, y Yung no tienen más que una nariz en cada cara, como nosotros los simples mortales de la Puerta del Sol. ¿Qué dicen, qué dicen por allá?

El desdén español por todo lo que se hace fuera ha sido admirablemente enunciado por Antonio Machado, cuando dice:

*Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora.*

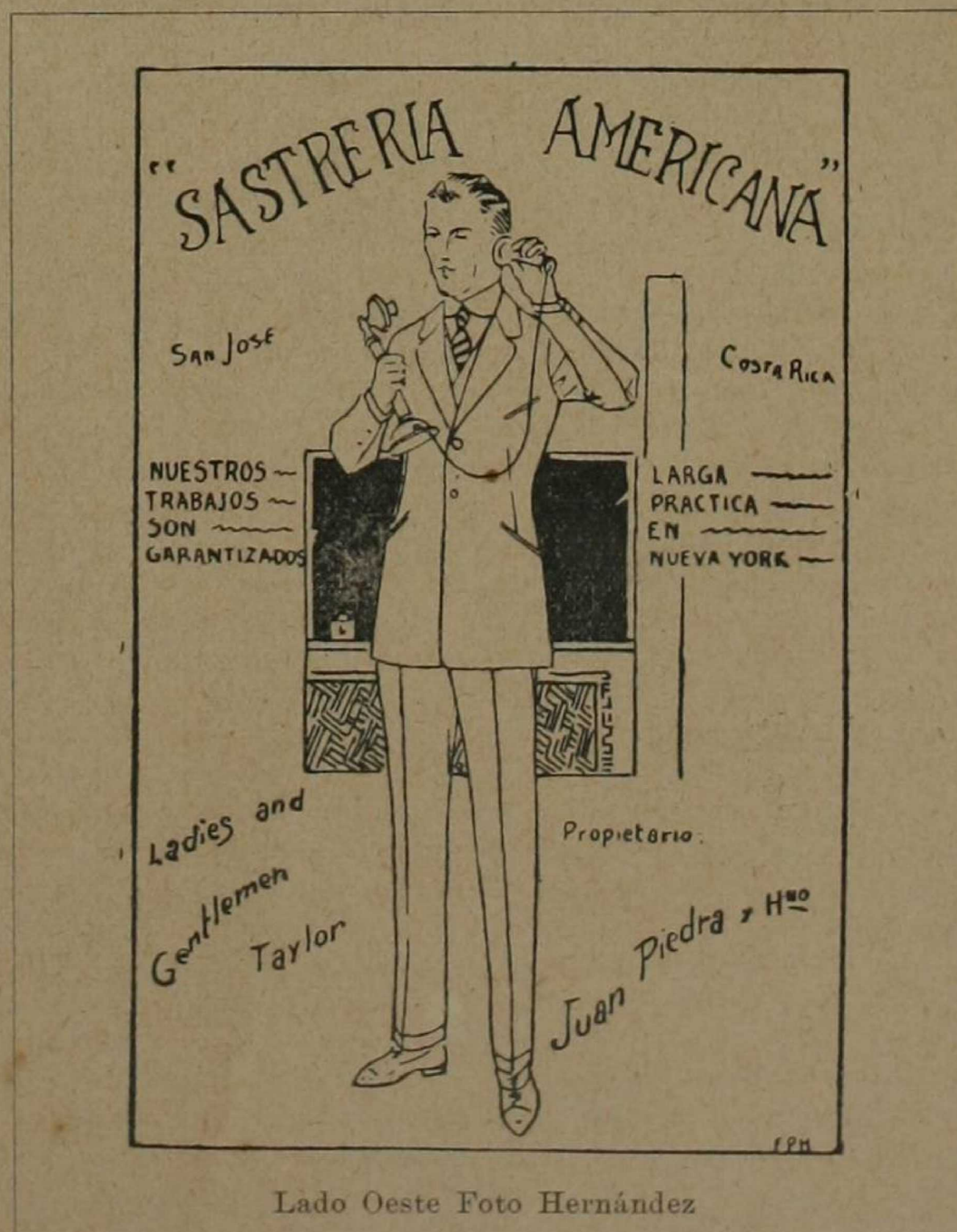
¡Pero no es sólo Castilla la que se resiste a salir hacia fuera! Yo tuve grandes dificultades para conseguir que la Diputación de Barcelona consignara en su presupuesto seis pensiones para ir los catalanes a estudiar al extranjero. Prat de la Riva, no hay que decirlo, comprendió la utilidad del proyecto y lo apoyó con toda el alma. Pero entre sus lugartenientes se oía este grito de desconfianza, que es más o menos el mismo que se oye en Castilla:

—¡Las gentes que van al extranjero, decían, no sirven cuando vuelven más que para encontrarlo todo mal. Se desnaturalizan, se descastizan, se descatalanizan, que es lo peor!

Este temor de las gentes ibéricas a perder su carácter al civilizarse está en contradicción con toda su historia. Había más estudiantes españoles en París y Bolonia en la Edad Media que ahora. Las órdenes religiosas enviaban allí a sus mejores novicios para doctorarse. Y los más castizos de nuestros grandes ingenios son los que pasaron más tiempo en el extranjero. Lull estuvo fuera de su tierra más tiempo que en su patria. Auzias es probable que fuese a Nápoles por una

larga temporada. Nebrija, Vives, Agustín, Lóyola, Valdés, años y años estuvieron alejados de España, Cervantes, ¡cuánto tiempo no estuvo fuera y de qué provecho no fueron sus viajes! Lope, fué con la Armada; Calderón, a Flandes; Tellez a México, de donde venía Alarcón. Cetina y Alemán también, ¡cuánto no viajaron! Garcilaso, Mendoza, Quevedo; los románticos: Larra, Espronceda, Galiano, Valera, el mismo Zorrilla, cuántos años no pasaron fuera de España. ¡Años, años, largos años! No fueron a dar un vistazo a París,—como hacen ahora los que consienten en cumplir con el penoso deber de tomar el aire!—sino que estuvieron períodos largos de años, decenas de años, emigrados, estudiando! Velázquez no fué a Italia a modo de turista, sino que estuvo allí pintando, copiando, estudiando. Así fué Menéndez Pelayo, sin prisas, a París y Roma, y de qué provecho no fueron sus estudios en aquellas bibliotecas! Y los que no salieron, cuán inferiores quedaron por esta causa! Qué no hubiera sido Murillo si llega a viajar y consigue visitar Inglaterra y Flandes como se proponía? Qué falta le hizo un largo viaje a Alonso Cano! Los más trágicamente españoles de nuestros artistas, como Berruguete y Herrera, estuvieron italianizándose la mitad de su vida. Asombra pensar que Berruguete puso las manos en un cuadro de Filipino Lippi, y que Herrera fué por un tiempo discípulo predilecto de Miguel Angel...

Esto lo conocía bien Don Francisco y no le espantaba el peligro de que perdieran nuestros estudiantes emigrados sus características nacionales. Al contrario, tenía miedo de que se asociaran con otros compatriotas establecidos en el extranjero y que no participaran totalmente de la vida del país donde vivían. El sabía bien que al regresar, percibirían la belleza tan peculiar de nuestra tierra con una más fuerte comprensión y conciencia. Yo recuerdo la impresión que me hizo a mí *la roca* de Sagunto, después de un largo viaje por Italia. Había subido a las Acrópolis preromanas del



Lado Oeste Foto Hernández

Lazio, había visitado las fortalezas fenicias de Cefalú y el Lilibeo... y tantas, y tantas cosas parecidas! Pero nada, nada como aquella colina de Sagunto. Qué color tenían las tierras y las murallas! Qué olor subía del pueblo y aún se desprendía de la roca misma! Qué extraño silencio, qué silencio tan diferente del silencio de las ruinas de Italia! Allí recobré mi alma ibérica a los pocos días de llegar de un viaje para europeizarme! Fui mejor o peor después de esta transformación y recaída? No lo sé, pero puedo decir que hasta entonces no comprendí lo que era mi patria!

Parece extraño que tengan que defenderse tales cosas! Pero en España se discute lo que ya no se discute en ninguna parte. Todavía hoy muchos aseguran *que no hay para tanto!* Que no hace falta viajar, que mucho y muy bueno puede aprenderse sin salir de casa.

Sin negar esto último, Don Francisco excitaba a la juventud a marchar al extranjero, preocupado solamente de ver cuán pocos podían irse y con qué dificultades hacían sus viajes. El hubiera querido una emigración escolar en masa como hicieron los japoneses a fines del siglo pasado. Por último, en 1907, se fundó la JUNTA DE AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS, para regularizar las pensiones al extranjero como primer objetivo. Yo estaba en Madrid aquellos días y podría dar detalles interesantes de las conferencias que precedieron a la redacción del proyecto.

Pero el Gobierno liberal que fundó la JUNTA caía aquella misma semana, siendo sustituido por el más funesto ministerio *de fuerza*, que hemos tenido desde *el desastre*. Podría llamarse el triunvirato Maura-Lacierva-Rodríguez Sanpedro, o lo que es lo mismo, la pedantería, la procacidad y la ignorancia gobernando España. Este gobierno conservador, amenazaba durar varios quinquenios; pero por su desgracia Lacierva mató a Ferrer en ocasión inoportuna, y nos libramos de esta calamidad, que de haber durado más hubiera sido irreparable.

Porque no hay duda que Rodríguez Sanpedro, o Sanpedro como le llamábamos familiarmente, habría acabado con la JUNTA DE AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS como acabó con otras cosas que no fueron tan hábilmente defendidas. De seguro que de haber sido Sanpedro consciente *del mal* que la JUNTA podía hacer, la hubiera sustituido por otra mejor... que, como decía Prat de la Riba, es la única manera de matar bien estas cosas.— Pero Sanpedro era llamado por su propio jefe Maura: *el ministro pisapapeles*, y se contentó con no dejar hacer nada, ni hacer él tampoco nada. Además, fué hasta cierto punto vencido por la habilidad del secretario y elemento ejecutivo de la JUNTA, Don José Castillejo, quien consiguió no despertar las sospechas de Sanpedro y mantenerlo en la idea de que él, Castillejo, era un ser medio idiota y que la JUNTA era un organismo que había nacido muerto y que sólo serviría para dar prebendas a cuatro paniaguados, cosa que no preocupaba inmensamente al ministro.

Hoy podemos ya hablar así, porque la JUNTA ha adquirido una reputación fuera de España que la hace inviolable. Es una organización que nos admiran y envidian en Europa y América: una Junta autónoma para estimular investigaciones científicas, que no depende del Estado más que para rendir cuentas. La JUNTA ha publicado más de trescientos volúmenes, mandado miles de pensionados al extranjero, sostiene dos docenas de laboratorios y Residencias para Estudiantes, etc., etc..., no hay pues que temer la *venganza* de un gobierno reaccionario, tratando de enmendar la inacción de Sanpedro, creando una *cosa mejor*. El que tocara la JUNTA DE AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS, se cubriría de igno-

minia no sólo en España, sino por todo el mundo. Los españoles de la Argentina, de México, de Cuba le acusarían de crimen de lesa patria y los extranjeros considerarían la desaparición de la JUNTA como otro síntoma de nuestra manía suicida.

Lo que sufrió Don Francisco en los años de la dictadura Maura - Lacierva - Sanpedro es inexplicable. Cada día se esperaba el carpetazo definitivo de Sanpedro...

La ciencia española nunca le estará bastante agradecida a Don José Castillejo por su tacto y arte infinito en aquellos años difíciles. Cuando todos desesperados nos impacientábamos hasta hacer gestos inoportunos, Castillejo, con calma manchega, supo callarse y aguantar hasta el fin. Yo recuerdo haber escrito una carta a don Guillermo de Osma, que era entonces ministro de Hacienda, acerca del despotismo nefando de su compañero pisapapeles y hay que ver cómo me contestó el señor de Monforte!...

J. PIJOÁN

El cundeamor

Estrellita roja
que de mi alma enferma
en la oscura noche
fuiste compañera;
tú me diste en sueños
la grata ilusión
de dormir en cielos
de un vivo fulgor.
Estrellita roja,
flor del corazón,
que bien que recuerdo
tu mágica voz.
Entre verdes ramas
tu rojo esplendor
me trajo el recuerdo
del bien y el amor,
y hoy puedo decir
que una noche bella
cuidó de mis sueños
una roja estrella.

J. J. SALAS PÉREZ

Esparta Set. 30 1927.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación.

Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	\$ 6.00 oro am.

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.
En el contrato semestral de Avisos se da
un 5% de descuento. En el anual, un 10%.